

RICARDO KAUFMANN

LA MUERTE DEL CONDE

HISTORIA DE LOS
CONDES DE TESSIERES - BOISBERTRAND
FUNDADORES DE CAYASTA

SANTA FE
REPUBLICA ARGENTINA
1982

PA
33.006

RICARDO KAUFMANN

LA MUERTE DEL CONDE

HISTORIA DE LOS
CONDES DE TESSIERES - BOISBERTRAND
FUNDADORES DE CAYASTA

Bibl. cant. VS Kantonsbibl.



1010107556

PA 33006

SANTA FE
REPUBLICA ARGENTINA
1982

PA 33,006

REPUBLICA ARGENTINA

LA FUERZA DE LA LEY

Don



92/6066

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Santa Fe *§* Argentina

I N D I C E

Introducción	5
I. Los Condes en San Carlos	7
II. Cuatro fundaciones y un nombre andariego	15
III. La Colonia del Conde	21
IV. El último Conde	29
V. La lucha por el derecho	35
VI. Velando por la fe	43
VII. Una carta de despedida	47
VIII. Noche de tragedia	53
IX. La muerte del Conde	57
X. Política y piedras preciosas	63
XI. Misterio y recuerdo	73

Documental anexa:

I. Documental fotográfica. Referencias	81
II. Antecedentes administrativos relacionados con las tierras de la Colonia Cayastá	82
III. Primeras cabezas de familias extranjeras que poblaron la Colonia de Cayastá	91

INTRODUCCIÓN

El trágico asesinato del último Conde de Tessières, fundador con el padre, de la Colonia Cayastá, causó en los primeros vecinos una impresión profunda, de manera que el relato de aquellos acontecimientos quedó grabado para siempre en su memoria, y se transmitió de padres a hijos, de viejos a jóvenes, bajo la dulce calma de las noches invernales en las cocinas del campo.

Hace años recibimos de este modo la tradición oral de antiguos pobladores, entre los que brindaban su cuenta memoriosa don Luis Kogel, Pablo Blanche, Martín Gaspoz, Julia Motard de Imbert.

Después fue preciso comprobar la exactitud de las versiones, rastreando las huellas fehacientes que pudieron dejar los mismos nobles o sus coetáneos, y en tal labor, se encontraron cuatro fuentes centrales de documentación inédita:

1º) La testamentaria del Conde, en el Archivo de los Tribunales de Justicia de Santa Fe;

2º) El sumario levantado sobre su muerte, entre los expedientes criminales del Archivo Histórico de la Provincia;

3º) El contrato de colonización y su proyecto, en los Protocolos de la Escribanía de Gobierno, obrantes en el mismo Archivo;

4º) Las actas parroquiales de la época.

También partiendo de la simple noticia comarcana, se consultó la bibliografía y documentos mencionados al pie del texto, que permitieron reconstruir el ámbito y las circunstancias en las cuales actuaron los protagonistas. En el capítulo primero, se compulsaron en parte, datos obtenidos por el pro-

fesor Juan Gschwind, relativos al paso de los Condes por San Carlos.

Acerca del pueblo de Cayastá, aunque conocido por ser el origen de Santa Fe, se requería investigar sus antecedentes propios, que aparecían dispersos y se buscó sistematizar en una narración histórica.

Con la reunión paulatina de referencias documentales y de la tradición popular, fuimos procurando la verdad, para aproximarnos a una conclusión e intentar un bosquejo del pasado del lugar y de sus fundadores, al cumplirse un siglo de la muerte del Conde.

Así nació esta historia que parece un cuento, pero es sin embargo historia cabal, que aún puede escucharse de boca de los labradores de la tierra, como niño fascinado mientras arde el fuego, sobrecogida el alma por sus luces temblorosas que se enlazan con las sombras del misterio y la leyenda.

I

Los condes en San Carlos

Jean Baptiste Léon, Conde de Tessières - Boisbertrand; la esposa Marieu Sofie Henriette Horrér, y el hijo Marie Francois Edmond de Tessieres - Boisbertrand, arribaron a la Argentina como consecuencia de persecuciones políticas que los alejaron de Francia durante el reinado de Napoleón III ⁽¹⁾.

La Nación cuya Ley Fundamental, en el Preámbulo más generoso del globo, brindaba su suelo a todos los hombres del mundo que quisieran habitarlo, se presentó a esos nobles como refugio de trabajo y paz.

Aarón Castellanos fundaba en 1857 en la provincia de Santa Fe la colonia agrícola de Esperanza. A pocas leguas, la compañía Beck y Herzog preparaba la fundación de San Carlos. y al lugar, despoblado todavía, llegaron los condes a principios de 1858, para ocupar el campo que habían comprado directamente a la firma colonizadora, viniendo a ser los primeros habitantes de la colonia ⁽²⁾.

Edmundo, en la lozanía de los veinte años, traía consigo el dolor del desterrado. Cuando estuvo en el sitio fue mayor

⁽¹⁾ Testamentaria del Conde de Tessières Bertrand — Bois Nº 25, Tomo I — Año 1882 — Archivo General de los Tribunales de Justicia de la Primera Circunscripción de Santa Fe, al mencionarse en el primer trabajo de este título en 1967; hoy transferida al Archivo Histórico de la Provincia.

⁽²⁾ SCHUSTER, Adolfo N.; en *Argentina. Land, Volk, Wirtschaftsleben un Kolonization* — Dissen vor Munchen. Tomo II, págs. 217-219. 1913, citado por Juan Jorge Gschwind, trae el relato efectuado 40 años después por Jacobo Reutemann, acerca del sitio y condiciones en que vivían en ese momento los condes.

su desconsuelo. Era tiempo de sequía y quemaba el sol de enero. La vivienda que los cobijaría era apenas una choza solitaria, alzada sobre la pradera inmensa que parecía extenderse al infinito ⁽³⁾.

Abatido por la desilusión, el joven se dejó caer llorando, en el suelo. Comprendiendo su pesar, el padre lo ayudó a ponerse en pie, diciéndole afectuosamente: "Hijo mío: por muy desdichado que un hombre sea, jamás debe llorar". Edmundo relataba años mas tarde en Cayastá, la escena de su llegada, agregando que desde aquél día, nunca volvió a derramar sus lágrimas.

Era el padre León un hombre culto y versado en distintas materias; de trato cortés y delicada hospitalidad, pronta para brindarse; a la par que mantenía en sus tareas, una disciplina rayana en la rigidez.

Cuando comienzan a llegar los primeros colonos, él les ofrece ayuda. Su práctica de medicina en especial, adonde no existían médicos, representaba una bendición para esos extranjeros en el medio inhóspito. Y lo constituye desde el primer momento en voluntario responsable de los enfermos y accidentados de la colonia, a quienes atiende con solicitud, no admitiendo retribución por sus cuidados ⁽⁴⁾.

Su noción de las ciencias jurídicas, lo lleva por otra parte a aceptar el nombramiento como Juez de Paz de la población, propuesto por Carlos Beck al gobierno de la Provincia, que lo designa el 11 de junio de 1859 ⁽⁵⁾.

Con particular impulso se dedica a ordenar la actividad judicial. Necesitando saber sus funciones con precisión, solicita por nota al gobierno que fije límites a su competencia, y le asigne facultades y deberes en el fuero policial, administrativo, civil, correccional y criminal, que en esa época no están reglamentadas claramente. Pide también instrucciones

⁽³⁾ GSCHWIND, Juan Jorge: *Historia de San Carlos*. Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad del Litoral; Rosario, 1958. En la pág. 63, se refiere a este aspecto desolador de la llanura en la región que se instaló la colonia.

⁽⁴⁾ *Ibídem*, citando cartas acerca de la personalidad de León de Tessières, dirigidas a Europa por los primeros colonos sancarlinos. "Todas coinciden en que "El Conde", como lo llaman cariñosamente, era hombre bueno y servicial", pág. 72.

⁽⁵⁾ *Ibídem*, pág. 153.

sobre sucesiones y contratos, arrestos que puede aplicar, seguridad y transporte de presos, monto y destino de las multas.

Mas tan celosa labor ha de ser breve. Su sentido de la jerarquía lo lleva a no aceptar dentro del ejercicio de sus atribuciones, las directivas de la empresa Beck, modalidad que lo indispone con ella ⁽⁶⁾.

El motivo determinante de su alejamiento, es el plan de creación del Tiro Suizo. Como el Conde explica en nota posterior dirigida al gobierno, él participaba de la idea, y estaba dispuesto a permitir su ejecución, considerando además, útil el ejercicio del tiro, para enfrentar con éxito las incursiones de los indios alzados, que se habían hecho temibles; así como en previsión de una posible guerra de la Confederación con Buenos Aires, cuyas relaciones se tornaban hostiles.

Pero objetó la forma del proyecto de organización que le fuera presentado, por considerar que creaba una verdadera fuerza armada, con jefes militares electos por los propios colonos al margen de su autoridad, alterándose con ello —en su opinión— el orden público y la seguridad de las personas.

Su prudente posición no es entendida como tal por los directivos de la empresa, ni por el autor del reglamento, don Federico Goetschy, oficial retirado del ejército suizo, quien remite al conde una carta de altivos conceptos, diciéndole que el proyecto de Tiro se llevará a la práctica tal cual está concebido, aún contra su voluntad; que lo que más estiman sus autores es ser libres, y es precisamente esa libertad la que reprocha el juez; que no se dejarán subyugar por las pretensiones de Tessières, pues se burlan del despotismo, y cada suizo puede “convertirse en un Guillermo Tell de palabra y acción”, etcétera ⁽⁷⁾.

Y como al fin el Tiro se funda en las condiciones planeadas sin aguardar su consentimiento, y su oposición no encuentra apoyo ni en la empresa ni en el gobierno, León renuncia al cargo en mayo de 1860, patentizando su disensión y desencanto ⁽⁸⁾.

Sin embargo, no por haberse retirado de la función pública, abandona la atención médica de la comunidad, que continúa prestando a todos sin distinción. Se preocupa tam-

⁽⁶⁾ Ibidem, pág. 155.

⁽⁷⁾ GSCHWIND, Juan Jorge, *ob. cit.*, pág. 246-248.

⁽⁸⁾ Ibidem, pág. 155.

bién por la educación de los niños de la colonia, elevando una nota al gobierno con los puntos de vista de los colonos católicos, en razón de que la misma es impartida por un pastor protestante (⁹).

Con mucho empeño, consigue la celebración de la primera ceremonia de la fe, dentro de un rancho grande que es levantado en el lugar. Cabalgando varias leguas desde el pueblo de abipones de San Jerónimo del Sauce, acude un misionero franciscano con el coro de niños nativos, escoltados por cincuenta lanzas de la reducción. Los indios desmontan y van a saludar dando cariñosamente la mano a los presentes, entre quienes se encuentra la familia condal. Un colono escribirá después a Europa, relatando la emoción que se adueñó de todos, cuando extranjeros y aborígenes se arrodillaron en esa primera misa americana, entonada por tiernas voces indígenas (¹⁰).

Ya los vecinos se dividen en bandos antagónicos, en torno a la persona del Conde y por las diferencias de religión entre católicos y protestantes, que han de producir la separación en los San Carlos del Centro y del Sur (¹¹).

Pero a León le espera un nuevo golpe: la esposa, su apoyo en los sinsabores, abandona la vida. Arrancada del jardín palaciego, en esa pampa ha de marchitarse y morir. A los cuarenta y seis años, fallece la fiel compañera, y es sepultada en el cementerio del lugar, el 19 de abril de 1861 (¹²).

Padre e hijo habrán retornado juntos esa tarde, acongojados por la pena que crecerá en su pecho como el sol otoñal en el horizonte del campo, pugnando por brotarles de los ojos que, por ser de hombres, jamás deben llorar.

* * *

Asistidos por una criada y dos peones pasan cinco años, dedicados a la agricultura, al estudio, a los enfermos...

(⁹) *Ibidem*, pág. 166.

(¹⁰) *Ibidem*, pág. 214-215.

(¹¹) *Ibidem*, pág. 91-155-247.

(¹²) Acta parroquial de sepultura de María Sofía Enriqueta Horrer, inscripta bajo el N° 199 en fecha, 13 de mayo de 1867 en San Jerónimo del Sauce, por el Presbítero Bernardo Arana.

La Legislatura provincial ha dictado leyes destinadas al fomento del progreso, que autorizan al Ejecutivo a promover la fundación de colonias y a ceder gratuitamente las tierras para tal fin. Animados por las benéficas disposiciones, los Tessières piensan en buscar otros rumbos, junto con los colonos adictos.

León de Tessières se pone en contacto con el gobernador Nicasio Oroño, y éste, que vislumbra sin duda en el Conde un valioso ejecutor de sus proyectos, le adjudica lugar de excelente ubicación para fundar una colonia en el paraje denominado Cayastá, dieciocho leguas al Norte de la capital provincial, sitio sobre el que aún quedan familias de criollos y de una anterior reducción indígena, y que ha sido comprado por el gobierno a los herederos de Gabriel de Quiroga ⁽¹³⁾.

Oroño quiere impulsar el comercio con las provincias del Noroeste, rehabilitando por la costa y el norte la ruta del tiempo colonial, mediante labradores y soldados que fundando poblaciones y fortines, retomen el sendero del poder del aborigen ⁽¹⁴⁾. Se trata, suponemos, de la antigua senda que señala Zapata Gollán, llamada de los "Chipiacas" ("Caballos", en mocoví), que partía de Santa Fe la Vieja hasta el valle de Calchaquí, y desde allí hasta Córdoba, Santiago y Tucumán, buscando la ruta del Perú ⁽¹⁵⁾.

El pueblo a formarse, y el de Helvecia ya fundado, marcarían el comienzo de esas postas agrarias y pastoras, que adelantaban el respa'do cívico para la reconquista del camino.

León y Edmundo viajan a reconocer la tierra y retornan con entusiasmo. En ella penetra como una cuña el paisaje del chaco subtropical, donde el agua y la vegetación que abundan producen un clima más húmedo y suave. Y el suelo arenoso, permeable y dúctil, hace más fácil la siembra y la labranza.

También hay puerto natural sobre un río poblado de peces que va al mar lejano, cantidad de animales silvestres, variada floresta, vistosa pajarería.

⁽¹³⁾ CERVERA, Federico G.: *Las ruinas de la ciudad vieja de Santa Fe y su ubicación en Cayastá*. "El Litoral", Santa Fe, 2 de julio de 1953.

⁽¹⁴⁾ Ley del 28 de junio de 1866. Archivo de la Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe —Año 1866— página 1149.

⁽¹⁵⁾ ZAPATA GOLLÁN, Agustín: *El problema del camino en la fundación de Santa Fe*, en diario "El Litoral", Santa Fe, 5 de octubre de 1972.

El 10 de abril de 1867 es acordada la autorización oficial para instalar la nueva colonia ⁽¹⁶⁾. El viaje se hará en carretas hasta la capital, y de allí en vapor, remontando el San Javier. Con el fin de hacer frente a los gastos de traslado y de fundación, León de Tessières vende su campo a los compatriotas Houriet y Huguenet ⁽¹⁷⁾.

Pero ese primer poblador, primer médico y primer juez de San Carlos, debe terminar otra gestión antes de partir. Disgustado todavía con los administradores de la colonia, no quiere que los restos de la esposa sigan descansando allí, y el 13 de mayo de 1867, los exhuma y lleva a enterrar sus huesos en la capilla de San Jerónimo. Se los encomienda al franciscano y a los indios del Sauce, sus humildes hermanos en la fe ⁽¹⁸⁾.

Luego, León y Edmundo de Tessières, seguidos por sus fieles amigos, casi todos suizos del cantón Valais, parten como a la tierra prometida, hacia ese Cayastá de acento indígena, que comienza a llamar su corazón con distantes tañidos de esperanza.

⁽¹⁶⁾ Contrato de Colonización. Protocolos de la Escribanía de Gobierno. Años 1864 - 1873, Nº 42-44. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe. Por decreto del 12 de noviembre de 1867, se aprobó la traza del pueblo y la distribución de las chacras. (Folio 88 - Tomo 22 - Año 1875 - Expedientes de la Escribanía de Gobierno, Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe).

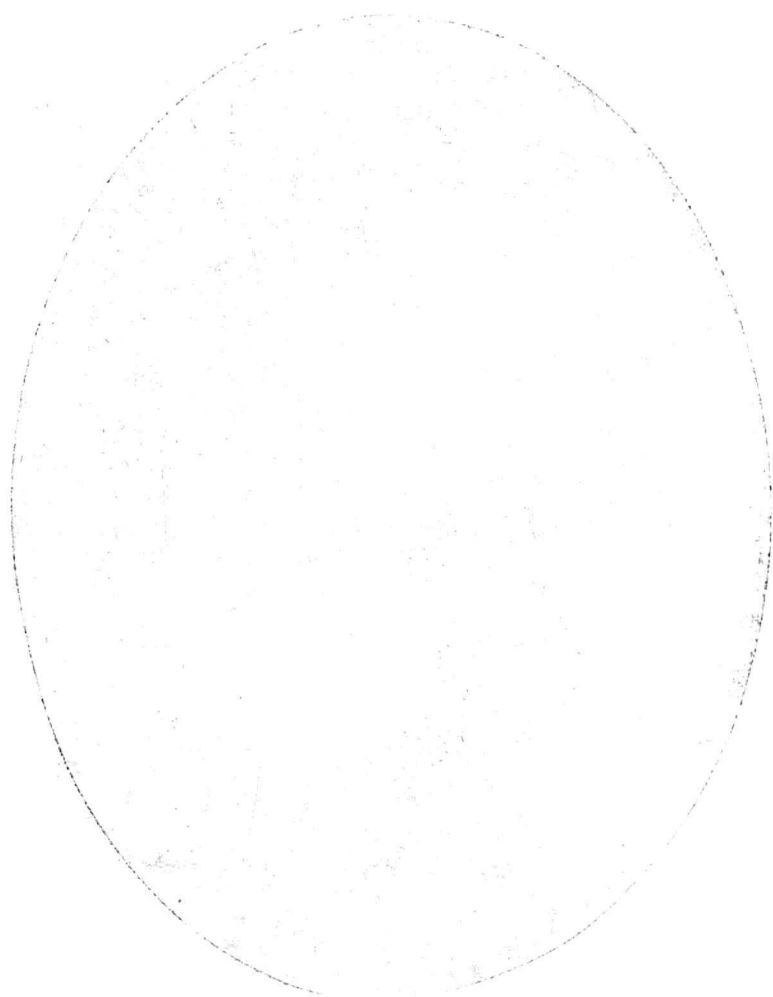
⁽¹⁷⁾ GSCHWIND, Juan J.: *ob. cit.* pág. 153.

⁽¹⁸⁾ Acta parroquial de sepultura de Marieu Sofie Henriette Horrer, Nº 199, fecha 13-5-1867, refrendada por Fray Bernardo Arana, San Jerónimo del Sauce.



Comte de Tassières de
Boisbertaud

Retrato del fundador, en Europa (*)



(*) *agouti*

II

Cuatro fundaciones y un nombre andariego

La tierra a colonizar estaba en pleno monte bordeada de caudales y esteros, y abarcaba tres leguas de fondo hasta el Saladillo Dulce, por una legua de frente sobre el Río Cayastá, o Pueblo Viejo, o Colastiné ⁽¹⁾, brazo del Paraná que hoy llaman San Javier, y que los pobladores hispanos denominaron Río de los Quiloazas, aludiendo a la tribu de indios canoeros que solían navegarlo ⁽²⁾.

No era la primera vez que los hombres hollaban el lugar con metas colonizadoras. Ya en 1573, otro hidalgo bajo el signo de la Cruz, Juan de Garay, al mando de animosos españoles y osada juventud de la Asunción, lo había elegido como punto estratégico para fundar la ciudad de Santa Fe, donde tuvieron puerto, sementera y pastoreos, y desde allí buscaron entre bosques y guadales la comunicación con el Perú, abriendo Garay la senda de "los Chipiacas". Pero hacia 1650 la ciudad, asediada por el embate del indio y las crecidas, comenzó a trasladarse al sitio actual ⁽³⁾.

(1) Contrato de Colonización. Protocolos de la Escribanía de Gobierno. Años 1864-1873. N° 42-44: Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

(2) ZAPATA GOLLÁN, Agustín: *Informe presentado ante el Tercer Congreso Internacional de Historia de América celebrado en Buenos Aires en 1960*. Publicación de la Academia Nacional de la Historia. Tomo II, pág. 396.

(3) Pertenecía al conocimiento público el trascendental descubrimiento de sus ruinas, que llevó a cabo el Dr. Agustín Zapata Gollán en 1949, convalidado unánimemente por la Academia Nacional de la Historia y la Sociedad Argentina de Antropología.

El suelo quedó casi dos siglos solitario, y las aguas fueron carcomiendo barrancas y arrastrando arenas de la plaza de armas, que regó la sangre de alguno de los siete criollos rebeldes, y llevando los muros de la iglesia jesuita, con el sudor milagroso de la Virgen, que pintó en un lienzo el hermano Berger (⁴).

En defensa de sus dominios, el aborigen se confederó contra el cristiano, llegando a las puertas de la ciudad nueva. Pasaron años de lucha constante, hasta que la alianza fue vencida por el General Echagüe, muriendo en batalla su caudillo: el cacique Ariacaiquín. Sus sucesores, Chitahalín y Aletín, pactaron la paz. Este último pidió bautizarse con los suyos, y en montaraz parlamento, el cacique y los indios eligieron el sitio de la ciudad vieja para vivir en cristiandad. Los seguiría el cuñado Chitahalín con sus parciales, entre convencido y receoso, a la distancia (⁵).

Así llegaron Aletín y sus mocoví para poblar el lugar nuevamente, un 27 de junio de 1743, con el padre jesuita Francisco Burgés, llamando éste al pueblo que levantaron al lado de la anterior traza, San Francisco Javier, el que dio origen, al trasladarse después, a la actual ciudad de San Javier.

Asombró al gobernante, la forma en que aceptó la religión y autoridad de los padres, esa rama de aborígenes tan difíciles de sojuzgar por las armas. El misionero y los indígenas con Aletín a la cabeza, alzaron en la primera reducción templo y casas de tapia y paja; trazaron chacras y cultivaron trigo; criaron ganado y atraparon ciervos y venados para cambiar sus cueros por ropas y tejidos a los guaraníes que venían de río arriba en son de trueque y amistad (⁶).

Coexistieron allí los dos caciques, cuyo original paralelo dejó en sus memorias el Padre Paucke: Chitahalín, duro y altanero; dulce y humilde, Aletín. El primero mentiroso, borracho, pendenciero, ladrón, holgazán, y de aspecto feroz. El cuñado Aletín, de hermoso rostro, amable, valiente, laborioso,

(⁴) ZAPATA GOLLÁN, Agustín: *Los Siete Jefes*. Editorial Colmegna, 1972; pág. 55; FURLONG, Guillermo S. J.: *El milagro de Santa Fe*; Santa Fe, 1950. Editorial Castellví.

(⁵) ORÚS, Mariano (Presb^o): *Segundo Centenario de San Javier, Ensayo Histórico*, Santa Fe, mayo 4 de 1943. Tomo I, Cap. X, págs. 101 y sgtes.

(⁶) FURLONG, Guillermo S. J.: *Entre los mocovíes de Santa Fe*, según relato del jesuita español padre Francisco Burgés, pág. 25.

templado y veraz. Así pasaron por el pueblo esos parientes, figurando geniecillos del bien y del mal, en constante dualidad y oposición y embozado conflicto; que acaso simbolice el temperamento nativo de la costa, o quizás, el de la humanidad ⁽⁷⁾.

La nueva fundación marcó un avance de civilización misionera para afirmar el sitio reconquistado en guerra a las tribus hostiles. Pero con la pacificación —relata el padre Burges— los anteriores propietarios de Santa Fe habían ido recuperando campos y repoblando estancias; viniendo a resultar molesta la presencia de la reducción, que debió ceder a la presión de esos intereses a poco tiempo de instalada, emigrando hacia el norte, hasta perdurar con el emplazamiento que hoy tiene ⁽⁸⁾.

Así la tierra de las primeras Santa Fe y San Javier, quedaba de nuevo en soledad.

Varios años después, el 7 de diciembre de 1794, arribaron hombres otra vez, haciendo chacras y trazando un pueblo. Eran mocobíes mansos y algunos charrúas, al mando de un misionero de la orden franciscana, Francisco Antonio Leal, quien puso a la reducción el nombre que traía de anterior emplazamiento: Concepción de Cayastá ⁽⁹⁾.

¿De dónde procedía esta voz? Los nuevos pobladores no lo sabían con certeza. Ni lo sabemos aún. Porque era nombre que venía transitando de muy lejos. Según José Carmelo Busaniche, estaba ligado a los indios collastas o caiastas, tribu que había escapado a la dominación del inca, mojonando el camino con figuras de sus dioses totémicos, después de abandonar la región primitiva de los collas, pertenecientes a los pueblos aymarás del lago Titicaca, cuyo origen remoto se pierde en la noche de los tiempos ⁽¹⁰⁾.

Tal vez esa tesis se expresa en la síntesis que encierra la palabra, cuya posible traducción nos da Manuel Cervera, de-

(7) PAUCKE, Florián S. J.: *Hacia allá y para acá* (Una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767). Publicación N° 324 del Departamento de Investigaciones Regionales de la Universidad Nacional de Tucumán, 1942, Tomo II.

(8) FURLONG, Guillermo S. J.: *Entre los mocovíes de Santa Fe*, ob. cit. pág. 26.

(9) BUSANICHE, José Carmelo: *La tradición de Cayastá como asiento de Santa Fe la Vieja*. Publicación N° 1 del Instituto de Investigaciones de Arqueología e Historia de la Universidad Nacional del Litoral, 1954, págs. 49-58.

(10) *Ibidem*.

rivada del quichua: "Ay - astak", que significa: "Aquí se muda", como también: "Puerto final" ⁽¹¹⁾.

Los collastas habrían alcanzado en su éxodo la orilla del Colastiné, que de ellos tomaría designación.

Lo cierto es que durante la conquista española, aparece un grupo de estos indios, reducidos en la estancia de Alonso de San Miguel, en las cercanías de donde es hoy San Martín Norte, en el Departamento San Justo ⁽¹²⁾.

Consta en acta pública, porque don Alonso al testar en su lecho de enfermo, dispuso legarles a cada uno un potro. Acaso agradecidos, al morir sus caiastras sin tener otro bien, le dejaron el nombre en la aguada del campo, llamada desde entonces Arroyo Cayastá ⁽¹³⁾.

Allí se extinguió la raza de nebuloso ancestro. Pero el nombre quedaba y proseguía designando el lugar, adonde se estableció hacia 1750 una reducción de indios charrúas, apresados por el gobierno santafesino en una entrada a la otra banda del Paraná, que pertenecía a su jurisdicción ⁽¹⁴⁾.

Formaban esos indios una nación indómita, al punto de sucumbir peleando en Entre Ríos. Ese grupo había aceptado la condición de vivir reducido en Santa Fe, atraído por la noticia espiritual, única fuerza que pudo apaciguarlo.

Sobre el arroyo y campo que fuera de San Miguel, y con la guía de un misionero, construyeron capilla y ranchos, y entronizaron la imagen de Nuestra Señora la Virgen de la Concepción.

El teniente de Gobernador Vera y Mujica quiso llamar al pueblo Concepción de Cayastá, anteponiendo la virtud de María, al recuerdo de los indios idólatras ⁽¹⁵⁾.

Pero Fray Leal y los charrúas que adoctrinaba, hostigados por los indios bravíos que se venían desde la espesura del Chaco, tuvieron que levantar la diezmada reducción en 1784, para trasladarla a la vera del arroyo Naré. Y la denominación

⁽¹¹⁾ CERVERA, Manuel: *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*. Tomo I, pág. 223, 2ª Edición. Universidad Nacional del Litoral, 1980.

⁽¹²⁾ *Ibidem*, Tomo I, pág. 492.

⁽¹³⁾ BUSANICHE, José C.: *Hombres y hechos de Santa Fe* (Segunda serie); pág. 56. Editorial Castellví, Santa Fe, 1955.

⁽¹⁴⁾ CERVERA, Manuel: *Ob. cit.*, Tomo I, pág. 490.

⁽¹⁵⁾ *Ibidem*: Tomo I, pág. 492.

viajó con ellos, avanzando paulatinamente hacia su meta. El nuevo punto fue llamado Cayastá Chico, o Cayastacito.

Allí soportaron el despojo, no de parte de los salvajes, sino del administrador oficial, quien los redujo a la miseria a fuer de robos y tropelías, hasta que el clamor llegó al gobierno, que lo destituyó y persiguió. Entretanto, quedaba la reducción tan esquilhada, que decidieron mudarla de sitio, marchando en dirección al naciente (¹⁶).

El 7 de diciembre de 1794, siempre guiados por el padre Leal, pero casi extinguidos los indios primitivos, y engrosada la caravana principalmente con mocovíes, llegaron al lugar los portadores del nombre viajero, para dejarlo en el puerto final de su destino (¹⁷).

Tal vez un viejo charrúa, oteando la lejanía iluminada por un sol de atardecer, pudo ver sus barrancos entrerrianos, cayendo como en cascada alba y azul sobre el tupido follaje de las islas.

* * *

Cayastá grande fue asolado hacia 1815 por malones que pasaban la frontera desguarnecida, mientras la provincia guerreaba por la libertad. Entonces el sitio quedó otra vez casi desierto, hasta que en 1867, vinieron a poblar los colonos helvéticos (¹⁸).

Existieron así, casi con el mismo emplazamiento, desde Garay al Conde, cuatro poblaciones: Santa Fe, San Javier, Concepción de Cayastá, y el Cayastá de los gringos.

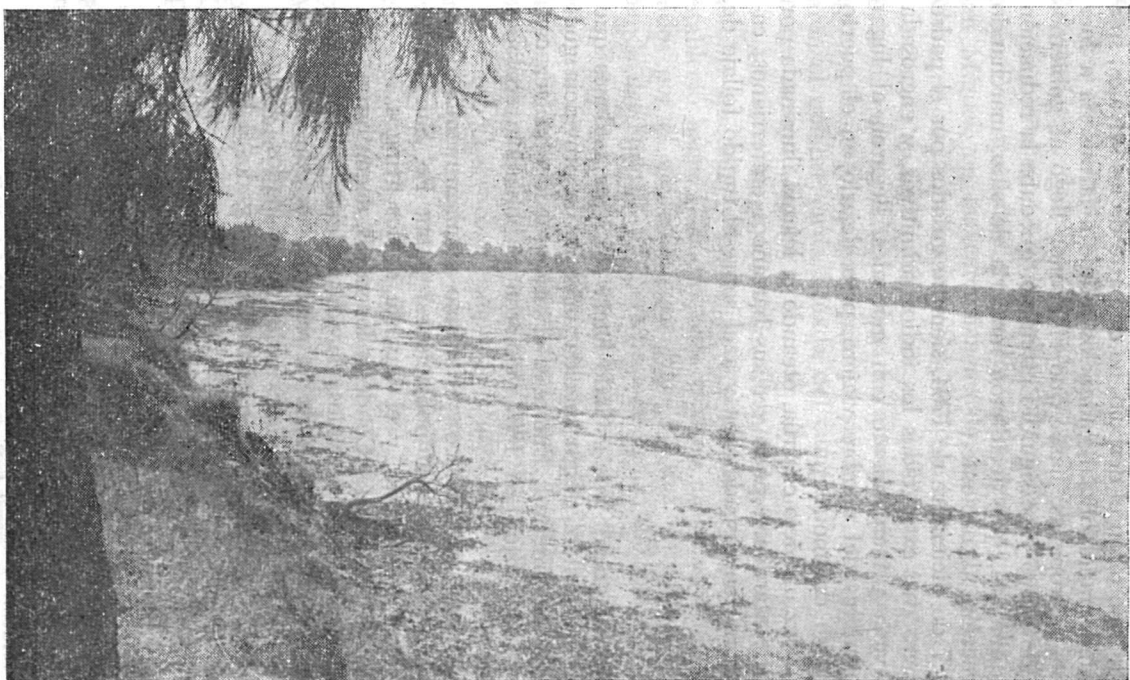
Cuando llegaron los Condes y los suizos, encontraron en la ciudad abandonada, vestigios de los antiguos solares españoles, y un poco más al norte, el resto de las reducciones nativas: tan sólo un puñado de indios acristianados, y algunos descendientes de criollos conquistadores apegados a la tierra, que no habían querido dejar el lugar.

En sus ranchos pobres, ocultos entre frondosos naranjales, que aspiraban las brisas en la orilla del río, animaba la vida del Paraje Cayastá, con alma ya cristiana y milagreira, y leyendas de embrujos y tesoros enterrados, custodiando las ruinas, junto al nombre aquél, ignoto y peregrino.

(¹⁶) *Ibídem*: Tomo I, pág. 564.

(¹⁷) *Ibídem*: Tomo I, pág. 565.

(¹⁸) *Ibídem*: Tomo II, pág. 404.



El camino de agua de los Quiloazas

III

La Colonia del Conde

Respetando los muros tres veces centenarios de la ciudad derruida, y sobre el punto de las viejas reducciones, delinearon los condes de Tessières un pueblo de cien manzanas.

Trajeron cuarenta familias labradoras, una parte directamente desde Europa. Otras siguieron a los nobles desde San Carlos y San Jerónimo del Norte. Casi todos eran católicos y suizo-franceses, y una minoría proveniente de los cantones suizos de habla germana ⁽¹⁾.

Edmundo, que contaba entonces treinta y un años, tuvo a su cargo la realización de los proyectos. Trazaron para la labranza cincuenta suertes de chacras de veinte cuadras cuadradas cada una, y entre los predios dejaron franjas no cultivables destinadas al pastoreo de las bestias de labor, separando las líneas del norte, del centro y del sur, como hoy se las denomina ⁽²⁾.

De este modo resguardaban la caballada de las excursiones de cuatrerros, manteniéndola siempre a mano y a la vista. Sobre las líneas pasaban calles uniendo las casas, enfiladas para facilitar la defensa común, tomando entre varios fuegos los posibles

(1) SCHOBINGER, Juan: *Inmigración y colonización suiza en la República Argentina en el siglo XIX*. Publicación Nº 1 del Instituto de Cultura Suizo - Argentino. Buenos Aires, 1957, pág. 147.

(2) Contrato de Colonización - Protocolos de la Escribanía de Gobierno. Años 1864 - 1873. Nº 42-44. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe - Artículo 3º.

ataques de los indios bravíos, que eran de temer ante todo por el norte, donde no había el obstáculo de ríos y bañados.

En este frente destacó el Conde a los suizo-alemanes, dando forma de lonja a sus parcelas. En el extremo interno se asentarían las viviendas, y sobre el lado contrario, que era límite norte de la colonia, el fundador hizo sembrar pencales, que servirían de valla defensiva, y darían nombre, después, a la Calle de las Pencas.

A una legua del pueblo hacia el sur, establecieron los Condes su estancia. La casa, de simple estilo colonial, paredes encaladas y techo de tejas, se enclava casi sobre la barranca, separada apenas por el rumoroso Quiloazas del tapiz fresco de las islas cercanas.

Los terrenos aledaños habían sido de Estanislao López, y de ellos, un lugar especial destinaba el Brigadier para invernar sus caballos de pelea. Los paisanos conocedores del Mocoretá, aún hoy —acaso sin saber por qué—, lo llaman “el Campo de la Invernada”.

Muerto el Patriarca de la Federación, la heredad fue teatro del combate que su hermano Juan Pablo, siendo gobernador, libró en el año 1840 —frente al Paraje de Las Cuatro Bocas en la loma de El Ceibal—, contra las tropas de Mariano Vera, cuando éste bajaba de Corrientes para sublevar el litoral, acompañado por Francisco Reynafé y el respaldo de Ferré y del general Lavalle. Estos contaban, a su vez, con el apoyo de la escuadra francesa surta en Montevideo, que desde 1838 bloqueaba el Río de la Plata, y en esos momentos invadía el Paraná, en liso atropello a la soberanía ⁽³⁾.

Federales y unitarios disputaban en guerra civil. Algunos partidarios de la última fracción, que conspiraban desde el Uruguay, habían conseguido la protección gala, y alentaban a hombres de armas para que se levantasen contra Rosas, quien resistía el bloqueo representando a la Confederación Argentina. Tales sugerencias habrán decidido a Vera, ex-gobernador de Santa Fe y sostenedor del federalismo, a moverse desde su retiro porteño con hombres de la divisa opuesta, llevando quizás otros motivos, como su altivez frente a la influencia absorbente del Restaurador, y la oportunidad que tenía de recuperar el poder que, más de veinte años atrás, Estanislao López le arre-

⁽³⁾ ROSA, José María: *Historia Argentina*. Tomo 4, pág. 430. Ed. Oriente, 1974.

batara en Santa Fe. El cordobés Reynafé intentaría lo mismo en su provincia, esperando también revertir la sentencia de muerte que pesaba sobre él por el asesinato de Facundo Quiroga.

Desde Europa, ante el cuadro de la invasión foránea y la discordia de los emigrados del país, un guerrero conmovido en sus fibras ofrecía el sable al servicio de la Confederación. Conociendo las miras de la potencia imperial, y viendo amenazada la emancipación de América, José de San Martín, que empuñara su vida en la Independencia, cerraba el ofrecimiento expresando: "La conducta (de Francia) puede atribuirse a un orgullo nacional cuando puede ejercerse contra un Estado débil... , pero lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido, se unan al extranjero para humillar a su Patria, y reducirla a una condición peor, que la que sufríamos en tiempos de la dominación española. Una tal felonía, ni el sepulcro la puede hacer desaparecer." (Carta dirigida a Rosas, fechada el 10 de julio de 1839 ⁽⁴⁾).

Como al impulso enérgico de esas palabras, el 26 de marzo de 1840, la tierra solitaria y adormecida en Cayastá, despertó de la siesta temblando bajo los cascos de corceles y sintiendo al río repetir sonos de alaridos y clarines.

Escotados por barcos franceses que se avistaban en los arroyos profundos, los soldados unitarios habían llegado hasta el lugar, comandados por Vera, y acampaban aguardando la adhesión de los calchines, tribu asentada más al sur, cuyos indios de lanza solían engrosar los ejércitos del general López —lo siguieron en su campaña contra el general Paz—, y entonces reforzaban la guardia apostada en el fortín de la Vuelta del Dorado. Con el fin de conseguir a estos aborígenes, los invasores traían al jefe de sus parientes mocovíes del San Javier, cacique Navitaquín. Pero cuando fue librado a su albedrío, el cacique siguió de largo para alertar al gobernador, quien poniéndose en marcha con su escolta buscó a los rinconeros, incorporó a los calchines de su lado, y cargó de imprevisto sobre los unitarios, sorprendiéndolos completamente. Estos se retiraron en desorden. Mas el jefe, arraigado en su estirpe, no pudo retroceder. Vera quedó peleando solo, hasta que lo exterminaron a lanzazos, dejando desamparados sus despojos. Mientras, Reynafé

(⁴) SALDÍAS, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina*. Ed. Granda, Buenos Aires, 1967.

buscaba la muerte antes que se la diera el enemigo, ahogado al desbarrancarse a caballo bajo las aguas del Quiloazas ⁽⁵⁾.

La escuadrilla de los buques extraños, después de recoger algunos soldados de la tropa desbandada, se alejaría de aquellas barrancas, empujada por la corriente ⁽⁶⁾.

Se remitió a las demás provincias el parte de la victoria. El gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, fue condecorado por el de Buenos Aires. Estableciendo en sus considerandos que el combate era un triunfo de las armas confederadas sobre la intervención extranjera, dictó el general Rosas un decreto que ordenaba grabar medallas con inscripciones patrióticas, y las mandó para que las llevaran en sus pechos los vencedores de Cayastá ⁽⁷⁾.

Los fragores de esa guerra se habían apagado ya por el campo de la lid, cuando veintisiete años más tarde —ignorando sin duda el episodio— recibían su posesión los de Tessières - Boisbertrand, para hacerlo servir al trabajo en paz de la agricultura, y al tranquilo pacer de los ganados.

* * *

Los fundadores jamás quisieron retratarse en Cayastá, pero parece que la tradición ha conservado de ellos una imagen fiel: León, un anciano de aspecto bondadoso, estatura más bien baja, ojos muy celestes, pelo y barba lacios de una blancura inmaculada. Edmundo, alto y vigoroso, pelo castaño y rizado, ojos claros, y hoyuelo en la barbilla, “como los Borbón”, diría su padre ⁽⁸⁾.

Tampoco hay diplomados en la ciencia de curar que acepten compartir la dura vida de esta colonia; y León es el médico del pueblo, y socorro de los desamparados, no habiendo enfermo ni herido que no quede confiado a su pericia. Dicen que componía admirablemente las quebraduras, y donde el remedio no alcanzaba, solía tratar la curación de ciertas dolencias con la imposición de manos.

⁽⁵⁾ BUSANICHE, José Carmelo: *Hombres y hechos de Santa Fe*. (Segunda Serie), págs. 45 - 49.

⁽⁶⁾ ALVAREZ, Juan: *Historia de Rosario*, Ed. Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, 1981, pág. 298. Se trataría, por lo menos, de un convoy de unas treinta embarcaciones entre grandes y chicas.

⁽⁷⁾ BUSANICHE, José Carmelo: *Hombres y Hechos de Santa Fe*, etc.

⁽⁸⁾ Se conserva, sin embargo, en Cayastá, en la casa de don Luis Bauer, un retrato que se dice pertenecer a Edmundo; existiendo, en consecuencia, contradicción al respecto.

Pero al cabo del tiempo su propia salud se ha quebrantado. Nacido entre la convulsión revolucionaria de su país, ha debido pasar tribulaciones, viendo sucederse los excesos de las reacciones populares, y los reinados de Bonapartes y de Orleans, a quienes mira como a usurpadores de la dinastía borbónica, con la que tiene vínculos de sangre. Ha esperado en vano el vuelco de la situación, para retornar a la heredad natal, y al lejano esplendor de la monarquía legítima.

Ya su anhelo se fatiga con el paso de los años. Los hombros se le agobian de golpe como ante un peso de derrota. Derrota de las ideas políticas por el sino de los tiempos. Derrota de amor vencido por la muerte de la compañera. Y siente la mengua de sus fuerzas cada vez más inclinadas hacia el suelo en que irremediablemente ha de quedar, en perpetua añoranza de la patria amada.

Quizás comprende allí que los hombres son desiguales por grado de evolución, pero iguales por origen y pesares. Ha cumplido sencillamente el servicio de los más adelantados a los que vienen detrás, obedeciendo una ley de solidaridad universal, que funda el sentimiento religioso y toca de gracia la existencia, y ha sabido alcanzar con su ejercicio, real ejecutoria de nobleza.

Ahora que el hijo puede reemplazarlo, renuncia al afán del mundo circundante, y va a atender la lucha del propio interior, que comienza a preparar pacientemente para el viaje supremo.

Sólo ha de trabajar el campo por sus manos, plantando frutales, lo cual es para él, señor cristiano, a la vez bendición y penitencia.

Abandona la lectura de temas que ya nada le enseñan, consultando apenas una obra de su biblioteca: los tomos de "Ejercicios de Piedad", y alternando el cuidado de los árboles con largas oraciones.

Lleva en secreto ceñido al cuerpo un cilicio de cerdas, por mortificar la carne, velando la vida consiente del alma.

En esta época recorre la que llaman ya "Colonia del Conde", el inspector de colonias don Guillermo Wilcken, quien hace constar en la página 124 de su Informe, que el fundador posee "un establecimiento pintoresco y rodeado de hermosos montes sobre la misma costa del río", y agrega brevemente: "El tiene allí su morada, en que hace una vida de verdadero ermitaño".

En tal sitio de ilusión, cuando transcurre el año 1877, bajo los naranjales que hiciera crecer, mientras corren eternas las aguas y canta melancólica la paloma isleña, se cierran para siempre los ojos del anciano Conde, reflejando hasta el fin ese color del mar, que nunca lo devolvió a tierras de Francia.

Ceci est mon testament.
Je lègue tout ce que je
possède à mon fils unique
et unique Léon de
Tessières Boisbertand
demeurant avec moi en
mon estancia de Cayastá,
provincia de Santa Fe, Cor-
federación Argentina.
fait en ma dite estancia le
vingt et un de mai mil huit
cent soixante six.
Juan Baptista León, Comte
de Tessières Boisbertand

Testamento de León de Tessières, redactado en
Cayastá, el 31 de mayo de 1876 (°)

(*) Este inventario, el cual se encuentra en el "Testamento del Conde de Tessières Boisbertand", No 23, tomo I - Año 1876 - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

IV

El último Conde

Tampoco Edmundo podía soñar con brillos cortesanos, colmado como estaba de actividad. Quedó a cargo de la dirección de la colonia, viviendo en soledad durante un tiempo, asistido en los trabajos de la estancia por un capataz, Antonio Yossen, y algunos peones.

Las tareas con la hacienda, el contacto de la naturaleza, agradaron al último Conde. La variada caza que retozaba en la fronda de las rinconadas, hacía su distracción permitiéndole ensayar puntería.

Buen nadador, cuentan que atravesaba el río con las manos en alto, manteniendo la mitad del cuerpo a flote, y así podía vadear en sus cacerías sin mojar el arma.

Tirador excelente, poseía varias armas de fuego. También era maestro de esgrima, y con mentada destreza manejaba la espada, que llevaba siempre en la cintura.

Dueño de valiosa biblioteca, pasaba a veces las horas dedicado a leer, en sencillo aposento adornado por un cuadro de Jesús, y otro donde el ángel Gabriel anunciaba su Nacimiento a María (').

Al partir de Europa, habían traído consigo los libros imprescindibles. La sola mención de algunos, permite adivinar su ilustración enciclopédica: "Historia de Francia"; Un Diccio-

(') Están inventariados: "El Crucificado"; y "La anunciación", respectivamente, a fojas 15 y siguientes de la "Testamentaria del Conde de Tessières Bertrand Bois", Nº 25, Tomo I —Año 1882—. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

nario Histórico de cuatro tomos; Cinco tomos de "Patología Externa", de Vidal; "Medicina", de Raspail; las Institutas de Justiniano; "Derecho Administrativo", de Laferrière; "Código de Napoleón"; "Enciclopedia Teológica"; Diversos Diccionarios de Lenguas; "Diccionario de la Nobleza"; y un "Armorial General de Francia"; "Logaritmos"; "Fenómenos Electrodinámicos", de Ampère; "Teoría de los Pozos Artesianos"; Volúmenes de Física y Química; Diez tomos de "Ejercicios de Piedad"; Obras de Rousseau, Boileau, Corneille, Racine; Discursos inéditos del Cardenal D'Aguesseau; Sermones del Cardenal Maury, de quien eran parientes por línea materna... (2).

Edmundo gustaba visitar en especial un lugar tranquilo. En las noches de luna, solía caminar por el campo, hasta llegar a orillas de una laguna solitaria —a la que los pobladores llaman hoy con su nombre—, y allí se quedaba entre la flora perfumada, hasta que el viento del alba, poblando la campiña de trinos y rumores, lo arrancaba del ensueño.

Es atinado suponer que encontraba en la contemplación ininterrumpida de la corriente, la sensación de calma y concentración que en sus meditaciones solía necesitar.

Pero las viejas indias decían que buscaba la gran serpiente de oro que venía del río y tenía en esa laguna su morada fabulosa. Según su creencia, sólo el niño o el hombre muy puro podían verla, navegando bajo la superficie con dorado fulgor, o cuando se deslizaba por el monte provista de agua en fuente de irupé, que como un cántaro llevaba en la cabeza.

Mas el noble no vivía al margen del mundo. Todos los vecinos podían gozar del trato y amistad de "el Señor Conde", como lo nombraban cariñosamente, y con algo de orgullo.

Su casa estaba abierta a los peregrinos, que podían quedarse en ella el tiempo que quisiesen. Fue precisamente esa hospitalidad que brindaba a cuantos llamaban a su puerta la que, como veremos, le costaría la vida.

Cuentan que cierta vez las niñas que serían muertas con él, le reprochaban su costumbre de hospedar extraños. "Algún día —le dijeron— nos van a matar a todas". "No se aflijan, hijas mías —había respondido el Conde—. Antes de matarlas, tendrán que matarme a mí". La frase destinada a tranquilizarlas, resultó un verdadero presagio.

(2) Testamentaria citada, Inventario judicial, fojas 15 y siguientes.

El siguió ejercitando en favor de labriegos y desposeídos, los conocimientos médicos que su padre le enseñara, con idéntica paciencia y abnegación.

Consejero y defensor de los agricultores, ellos le guardaban reverencia y afecto, y en virtud de una convención celebrada al instalarse la colonia, todas las quejas y pleitos se sometían a su arbitraje.

A un colono hijo de molineros, Antonio Gaspoz, le propuso asociarlo, en condiciones ventajosas, a la cría de hacienda del establecimiento. Y así fue como éste se trasladó con su familia a la casa del Conde, quien no tardó en extender a los niños de Gaspoz su cariño y protección.

Antonio había casado en primeras nupcias con Luisa Gotet, de la que enviudó. Era natural de Ville Delle Crette, Comuna de Saint Martín, distrito de Hervín, Valais, Suiza ⁽³⁾.

Prosperó en la sociedad, y años después, aconsejado tal vez por Edmundo, decidió trasladarse a Europa para hacerse tratar una dolencia, dejando sus huérfanos bajo el cuidado y la autoridad del Conde.

De los nueve hijos, cuatro se habían hecho mozos al momento de la partida. Luis tenía veinte años; Martina, veintiuno; María diecisiete, Adela quince. Los niños menores eran: Antonio, de trece años, Luisa de doce, Anita de diez, Antonieta de siete, y Filomena de cinco. Por María sentía predilección el Conde, y unos días antes de morir, había testado en su favor dejándole toda su fortuna ⁽⁴⁾.

Apasionado por la esgrima, preparó en el manejo de la espada a Luis, María y Adela. Inició también a aquél en la técnica de las artes marciales de origen oriental, que ya entonces Edmundo dominaba.

Luis aprendió tan bien que, en salidas al pueblo, donde no faltaban pendencias, tuvo dos ocasiones de ejercitarse, dejando algunos contusos. Enterado de las hazañas, el Conde decidió suspender las clases al discípulo.

⁽³⁾ Carta de fecha 19 de agosto de 1882, de A. Flayollet, Agente Consular de la Confederación Helvética en Esperanza, original en el Consulado de Francia en Rosario.

⁽⁴⁾ Libro 1º de Defunciones de las Colonias Cayastá y Helvecia, pág. 11 - Nº 38. Sepultura de las hijas de Gaspoz, de fecha 8 de agosto de 1882, certificada por el prebitero de Misiones, Fray Ermeti Constanzi.

Siguiendo hábitos heredados, el noble llevaba una vida casi monástica. Se nutría de simples manjares, procurándose energías sin decaerlas con los excesos.

Los viernes practicaba el ayuno y recogimiento, dando reposo al organismo, y sosiego a la mente. Así también, teniendo depurados cuerpo y ánima, necesitaba menos tiempo de sueño reparador. Le bastaba con el descanso en las horas tempranas de la noche. Rezaba sus oraciones, leía o meditaba durante las restantes.

Al venir la mañana participaba de las tareas de siembra, y montaba a veces para ver la colonia, o recorrer el ganado. Se conserva el cuchillo criollo que usaba para castrar él mismo los potros y terneros.

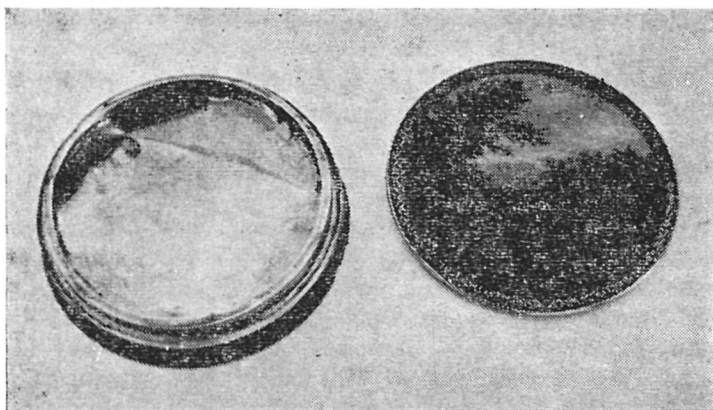
Cada tanto llegaban cartas a Edmundo, conteniendo retratos de doncellas que desde Europa, le enviaban casas de la nobleza, proponiéndoselas como consortes dignas de su alcurnia. Pero él, que era fiel a un recuerdo de amor de los años juveniles, cotejaba las pinturas, y solía mostrarlas sonriendo a los Gaspoz, para repetir al fin que ellos eran su única familia, y que jamás se casaría. Rechazaba esas alianzas —templado caballero—, dispuesto a vivir lejos del boato principesco.

Una leyenda que repiten los viejos pobladores cuenta que en la juventud, Edmundo, antes de emprender el viaje, consultó la ventura a una hechicera, quien leyendo las líneas de su mano le dijo que moriría en América, atravesado por sus propias armas. A partir de entonces, sugestionado por la profecía, llevaba siempre la espada consigo.

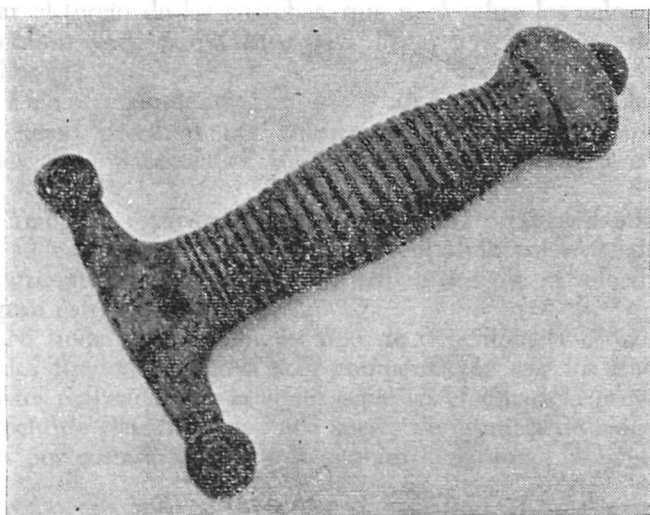
Y en su casa de Cayastá, para no tener que quitársela del cinto, sabía pasar algunas noches sentado en un sillón. Con ella viajaba cuando por negocios tomaba el vapor que zarpando de Helvecia hacía la carrera hasta la Villa del Rincón. Allí se albergaba en la casa de un amigo, para partir al día siguiente a la capital, en el ferrocarril que cruzaba sobre el espejo gris de la Setúbal.

En la ciudad, sólo usaba un bastón con estoque. No podía el gentilhombre recorrer las calles de Santa Fe con esa espada en el cinto, prerrogativa de rangos abolidos en un país republicano, que él llevaba bizarro, con tácito consenso, por tierras de la costa.

Aquel bastón, como ha de verse, lo salvaría en la ciudad capital de un atentado contra su persona.



a) Polvera de oro de la condesa. En la tapa, la pintura de un paisaje parece representar el viejo puente de Avignon, en Vaucluse, tierra de origen de la familia (*)



b) Guarnición de la espada de la leyenda (*)

V

La lucha por el derecho

Un funcionario federal que visitó la Colonia en esos tiempos, la ponía como modelo de crecimiento espontáneo, sin más incentivo oficial que la entrega gratuita de los terrenos ⁽¹⁾.

No tuvieron los primeros pobladores la obligación de pagar el tercio de las cosechas, que pesó sobre los colonos de Esperanza y de San Carlos para llegar a ser dueños de los predios ⁽²⁾.

En correspondencia, en pocos años habían reemplazado las chozas precarias por sólidas aunque sencillas construcciones, con plantaciones frutales que embellecían su concesión.

Tampoco estuvieron ligados al sistema de arrendamientos que se estableciera posteriormente en otras colonias, donde los agricultores eran en realidad tributarios de un solo dueño de gran extensión.

Ni tuvieron ellos ningún tipo de dependencia económica con los fundadores, cuya sola compensación por los trabajos y gastos realizados fue la venta —que les efectuara la provincia a precio de fomento— de “una suerte de estancia de cinco mil varas por costado”, adonde los nobles hicieron su labor, como

⁽¹⁾ WILCKEN, Guillermo, Inspector Nacional de Colonias: *Las Colonias*. Informe ante el Comité Central de Inmigración. Edición Oficial, 1872.

⁽²⁾ GORI, Gastón: *Colonización Suiza en Argentina*. Ed. Colmegna, 947.

un colono más, cultivando el campo y cuidando el ganado, con ayuda de peones ⁽³⁾.

El punto de partida de propietarios de parcelas libres de deudas iniciales, permitió concentrar los recursos y el esmero en la obtención de las cosechas, que así trajeron un saldo correlativo de riqueza. Paralelamente, la unión de las familias en el cultivo de una tierra que mantenía su vigor de siglos, y la posición sobre un puerto en río navegable, cuando era esta la vía de comercialización por excelencia, daban aliciente y entusiasmo para la producción ⁽⁴⁾.

El inspector Guillermo Wilken, en su Informe de 1872, a cinco años de la fundación, expresa que en Cayastá se producían continuos embarques de cebada, trigo, maíz, maní, papas, porotos y tabaco, y agrega: "El transporte de los productos, que sólo se hace por agua, con facilidad, paga por fletes los mismos precios que se acostumbra en la Helvecia. Acopiadores de esta última colonia, de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, los patrones de buques de cabotaje y los vapores que llegan semanalmente a la colonia, procuran a sus habitantes, fácil y ventajosa salida a sus productos; entre los cuales no figuran en la estadística, las grandes cantidades de queso, manteca, aves, huevos, sandías y melones." (página 124, "Informe sobre Colonias".)

Instante de tráfico interior entre estados federales . . . , al que acudía con trajín de colmena laboriosa la Colonia del Conde, volcando frutos en comercio y comunicación fluída y barata por el Río San Javier. Alude también el inspector al yantar doméstico, dejando grabada la impresión de caseras fragancias que gustó sin duda, en su paso por un pueblo obsequioso, bien alimentado y feliz.

Sólo un punto faltaba resolver para consolidar esa felicidad. De acuerdo con lo dispuesto en el contrato de colonización celebrado entre el conde León y don Nicasio Oroño, el gobierno debía otorgar los títulos de propiedad a los ocupantes de los terrenos internos dejados al principio para pastos comunes, que en esa época se habían repartido ya en concesiones para el cultivo agrícola. La autoridad tenía que reglamentar además el parcelamiento y distribución de las tierras

⁽³⁾ Contrato de Colonización. Protocolos de la Escribanía de Gobierno. Años 1864-1873, Nº 12-44, artículo 5º. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

⁽⁴⁾ WILKEN, Guillermo: *Las Colonias*, etc. Informe citado.

situadas al oeste de las chacras primitivas, ejecutando el contrato original, que expresaba en su artículo tercero: "La extensión del terreno que se destinará para la colonia será de una legua de frente sobre el Río Cayastá, y tres leguas de fondo al Saladillo Dulce,"; y luego de establecer la cantidad de manzanas y suertes de chacras que se delinearían inicialmente, agregaba: "el resto del terreno será destinado para pastos comunes de la misma Colonia, el cual podrá dividirse en concesiones más tarde, si el aumento de población así lo exigiere, para ser donadas o vendidas según convenga a los intereses de la Colonia." ⁽⁵⁾

Esa disposición amparaba el espontáneo desenvolvimiento del núcleo colonizador, y señalaba el futuro de las primeras familias, previsto por el fundador, para que pudiesen realizar en el lugar su crecimiento y multiplicación, y continuasen allí reunidos sus afectos.

Desde la fundación habían pasado varios años —quince se cumplirían al morir el último Conde—, y llegaba la circunstancia contemplada en la norma, según la cual el aumento del número de pobladores demandaba cultivar la mayor extensión.

Sin embargo, no obtenían los colonos los títulos individuales de los potreros interiores ya parcelados, ni tampoco lograban trabajar en concesiones agrícolas la tierra asignada hasta llegar al Saladillo, por falta de disposición y reglamentación oficial.

El agrimensor Souriges había proyectado hacia el poniente la fracción más inmediata, clavando los mojones y presentando para su aprobación, el plano con el parcelamiento de una primera ampliación de la colonia.

Tessières había pagado y recibido su estancia según lo establecido contractualmente, y no tenía reclamo personal que hacer. Pero sí lo tenía por la situación apuntada, a nombre de las familias de colonos y como responsable de su suerte.

En tal carácter, se dirigía a los organismos del estado provincial —que en esos momentos mandaba el doctor Simón de Iriondo—, solicitando el cumplimiento de las bases contractuales, pero sin conseguir la ejecución ^(5 bis).

⁽⁵⁾ Contrato de Colonización citado.

^(5 bis) Dejan entrever el problema desde 1875, las notas del Conde y de los colonos al gobernador Iriondo durante su primer período. Fecha 9 - 8 - 75; Folios 160 - 109; Tomo 22 - 1875. Expedientes Escribanía de Gobierno - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Poco tiempo antes de su muerte, Edmundo viajó a Santa Fe para procurar la atención de las autoridades, pidiendo la audiencia del gobernador. Previamente debió hacer largas antesalas. Enviado de uno en otro funcionario, encontró la reticencia por respuesta. Convencido de que el desaire era intencionado, y de que nada obtendría con aguardar interminablemente la entrevista, el Conde decidió dejar constancia del motivo, y salir sin más espera de la casa de gobierno.

Es tradición en Cayastá que mientras Edmundo recorría la calle San Jerónimo, lo alcanzaron dos guardias esgrimiendo sus sables contra él. Según habría confiado después a los allegados, en ese trance alcanzó a parar con el bastón los primeros golpes, hasta que pudo accionar el estoque, castigando en el rostro a uno de los atacantes, e hiriendo en el ojo a otro. Los guardias, advertidos de que estaban frente a un espada-chín, huyeron mezclándose con los transeúntes. Tessieres volvió a convertir en báculo aquel arma, encaminándose a la Jefatura para denunciar la agresión. Pero al presentarse, fue encerrado en una celda.

Estuvo varias horas prisionero, hasta que el fondero francés que lo hospedaba, alarmado por su ausencia, acudió a Monsieur Flayollet, agente del consulado de su país en la ciudad, quien intervino para conseguir la libertad del compatriota.

Edmundo volvió apesadumbrado a Cayastá con tales nuevas, reflexionando sin duda en las razones del trato recibido.

Con los años, ese territorio ribereño —que a su llegada encontró virtualmente desierto— tenía prósperas colonias con sus respectivas poblaciones: Helvecia, formada por Teófilo Romang bajo el gobierno de Patricio Cullen; y la que ellos fundaran con el respaldo de Nicasio Oroño, que era llamada entonces la “Colonia del Conde”. Aquel vecino puerto pasaba a ser el tercero en el país por sus embarques a ultramar, y la comarca adquiría dentro de la provincia una importancia productiva relativamente mayor a la que hoy mismo tiene ⁽⁶⁾.

Pero el ideal que había impulsado la transformación, no predominaba ya en el proyecto gobernante.

⁽⁶⁾ GALLARDO, Mabel - CERVERA, Felipe: *Análisis de la estructura del Departamento Garay*. Instituto del Profesorado Básico de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1967, pág. 15, Imprenta Universidad Nacional del Litoral.

La colonización, al crear poblados, abrir caminos, y alejar el peligro del indio, había tenido la función indirecta de valorizar los terrenos aledaños, despertando la intención de repoblar haciendas y la especulación de la compraventa, frente al alza del precio de los campos, reiterándose en el sitio lo que ocurriera antes, al instalarse la primera reducción ⁽⁷⁾.

Paralelamente, poderosos grupos financieros exteriores al país, obtenían de quienes detentaban los poderes públicos, la concesión de grandes porciones de territorio fiscal, como garantía de onerosos préstamos al Estado, enervándose los nuevos asentamientos de productores autónomos y el desarrollo natural de las colonias primitivas ⁽⁸⁾.

Después de afianzadas con solidarios esfuerzos, esas posesiones de pequeños propietarios, venían a resultar embarazosas para los revendedores y acumuladores de tierras.

Por otra parte, la entrega gratuita de parcelas a labradores extranjeros, había provocado en su ocasión la justificada grito de los criollos menesterosos que no gozaron de ese trato preferencial, lo que trajo por reacción una modificación de la liberalidad originaria, sin que por ello estos últimos resultaran correlativamente favorecidos ⁽⁹⁾.

Se recelaba también de esas comunidades nacientes, que cambiando los rasgos sociales componían nuevos factores de presión.

Los suizos, que fueron mayoría en las primeras colonias, habían aportado pujanza para transformar la economía de las regiones que poblaron; y a la par, sustentaban ideas democráticas, arraigadas en sus tradiciones de siglos, que los empujaban a intervenir en la decisión de los problemas comunes, manejados muchas veces por el solo interés de círculos restringidos ⁽¹⁰⁾.

La soberanía del pueblo, declarada en la letra de la Constitución que abriera las puertas del país a esos nuevos ciudadanos, aparecía desvirtuada en la práctica.

Pasados los momentos de eufórica y paternal atención gubernativa brindada a los primeros inmigrantes, éstos se veían al cabo legalmente excluidos de participar en las cuestiones

⁽⁷⁾ GORI, Gastón: *El pan nuestro*, Buenos Aires, 1958.

⁽⁸⁾ SCHOBINGER, Juan: *Colonización suiza en Argentina*, ob. cit., pág. 162.

⁽⁹⁾ *Ibidem*, pág. 169.

⁽¹⁰⁾ *Ibidem*, pág. 169.

públicas; aunque como seres útiles de la tierra, también tenían peticiones e ideas que formular.

Fueron sin duda los reclamos desoídos, y aquel ancestro de altivez individual, lo que había movido a los suizo-alemanes de Helvecia a dejar sus hogares para marchar con los Weterly el hombro hacia Santa Fe, apoyando el movimiento revolucionario que encabezaba el ex - gobernador Patricio Cullen, quien, secundado por Francisco Iturraspe, fue su jefe en el asalto a la ciudad y en la retirada de Los Cachos, el 20 de marzo de 1877, día que pagó con su degüello la derrota de la rebelión ⁽¹¹⁾.

Una conjura similar se produjo el año siguiente, con participación de suizos de las colonias, concitados por Francisco e Ignacio Iturraspe. Este perdió la pierna derecha al resultar herido en el ataque a la Jefatura. Los rebeldes fueron derrotados más tarde en Las Higueritas, y perseguidos en varias direcciones ⁽¹²⁾.

En la estancia de Iturraspe en el Calchines, se conserva el algarrobo bajo el cual —dice la tradición— descansó Francisco en una siesta, antes de seguir huyendo a Cayastá, y desaparecer en el camino, sin que se encontraran nunca más sus rastros, cuando era buscado por partidas gubernistas para hacerle correr la misma suerte que Cullen.

Tales prácticas bravas se ejecutaban en el nombre de un orden, que no garantizaba las cabezas sobre sus hombros a los caudillos de la oposición. Esta, por reivindicar precisamente los derechos y garantías ciudadanas, se agrupaba bajo el nombre de Partido Constitucional.

Por otro lado, Simón de Iriondo era el apoyo local del Partido Autonomista, y con su manejo personal, se venía pasando el gobierno de la provincia: de Cabal a Iriondo, de Iriondo a Bayo, de Bayo a Iriondo otra vez ⁽¹³⁾. Sobre la base de esas oligarquías del interior, Roca consolidaba su poder presidencial.

Mientras, el ex-gobernador Nicasio Oroño formaba el ala progresista del partido Liberal —después “Constitucional”— de

⁽¹¹⁾ GIANELLO, Leoncio: *Historia de Santa Fe*, pág. 329. Ed. Castellví, 1966.

⁽¹²⁾ LÓPEZ ROSAS, Rafael: *Un curioso libro santafesino*. Artículo publicado en el diario “El Litoral”, Santa Fe, 8 de setiembre de 1981.

⁽¹³⁾ ALVAREZ, Juan: *Ensayo sobre la Historia de Santa Fe*. Rosario, 1910.

Mitre, figura que desde el llano concitaba en ese tiempo la inquietud revolucionaria de parte de la juventud y de la inmigración.

Las insurrecciones armadas de Santa Fe provenían de la fracción oroñista, y eran enderezadas contra Iriondo —jefe virtual del gobierno—, quien a su vez había apelado a la sedición para despojar del mando a Nicasio Oroño, en 1867, unos meses después de que éste suscribiera con el conde de Tessières su aprobación del proyecto para fundar la colonia.

Los suizos de Cayastá, bajo la influencia legalista de sus fundadores, se habían mantenido al margen de aquellas algaradas. Pero la posición independiente representaba asimismo un obstáculo en el caldeado ambiente provincial.

Posiblemente el Conde —maguer su imparcialidad— era sospechable para las autoridades, por su actitud liberal y antecedentes de relación con los rivales del partido gobernante, que se interpretarían como de compromiso con ellos.

De todos los motivos de reflexión, surgía la evidencia de que no había apuro en las esferas oficiales para dar más poder a esos colonos —que a su vez no les eran favorables—, entregándoles tierras en plena propiedad, ni menos, en consentirles la expansión que en virtud del contrato original solicitaban. Los intereses creados y el sentido político, obstaban por igual a las aspiraciones lugareñas.

Edmundo de Tessières, dotado del mismo carácter firme y recto de su antecesor, estaba sin embargo decidido a insistir legalmente sobre lo que correspondía por derecho a las familias que con su padre guió.

Viajó a Rosario, donde se entrevistó con el cónsul francés para obtener la protección diplomática en el conflicto, y dejó en depósito en el Consulado el contrato de colonización que amparaba sus razones, celebrado por León en 1867.

Allí también, en esa oportunidad, depositó el testamento, donde dejaba sus bienes a María Gaspoz. De vuelta en Cayastá, sólo le quedaba esperar los resultados de esta última gestión. Parece que presumía su posible fin, tomando las providencias del caso, con la simpleza de un ánimo valeroso.

VI

Velando por la fe (*)

Orar era el remedio, para tener quietud, y que se hiciese la voluntad del cielo. Además del agreste retiro de los Condes, en la Colonia habían construido la casa común de oración.

Todos los colonos trabajaron afanosamente llevando y trayendo con sus carros materiales y herramientas para levantar la capilla, cuyos cimientos quedan en el cementerio del lugar.

La división religiosa había sido un motivo de su migración desde San Carlos, y una de las primeras preocupaciones de los nobles fue proporcionar a la población, ya sin contiendas, sitio y tranquilidad para el culto de sus creencias. Asimismo, obtuvieron el traslado de un misionero desde la reducción de San Jerónimo, que dependía a su vez del convento de San Lorenzo ⁽¹⁾. En ese tiempo, era fray Ermeti Constanzi, quien enseñaba las primeras letras a indiecitos y gringos, y daba la misa dominical, a la cual asistían también los colonos católicos de Helvecia ⁽²⁾.

Estos habían celebrado ya ese 16 de julio el festejo patronal de la Virgen del Carmen, y ahora preparaba la Colonia del Conde su fiesta del 8 de setiembre, Natividad de María.

(*) Este capítulo recoge casi exclusivamente la tradición popular —en la que existen versiones diferentes—, y la costumbre que en parte se conservaba en las procesiones religiosas del pueblo.

⁽¹⁾ *Bicentenario del convento San Carlos*. (Tercera nota): Artículo publicado por Fr. Teófilo Luque o. f. m. en diario "El Litoral", Santa Fe, con fecha 2 de enero de 1980.

⁽²⁾ WILCKEN, Guillermo: *Informe sobre Colonias*, citado, pág. 123.

Como entonces faltaba un mes para la fecha, se reunía en el atrio a ensayar la procesión, un pequeño ejército de paz encargado de guardarla.

Veteranos suizos formaban la escolta, encabezados por el de mayor graduación, don Francisco Fergener —luego derivado en Ferricher—, que la dirigía con militares voces de mando y los ademanes de su sable, engalanados todos con vestimentas típicas de sus milicias montañosas. Precedían a la Virgen “les sapeurs”, o zapadores, adornados de casaca azul y gorro de pieles, que cortando el aire en cruz con sus alabardas abrían simbólicamente el paso. Seguía la santa imagen sobre el solio, sostenido por el Conde y tres de los vecinos más antiguos. Detrás venían en formación los fusileros, con uniformes roji-blancos cubiertos de emplumados sombreros alpinos, flameando sobre ellos el pendón de Valais, que osó enfrentar al mismo Luis XIV. Por último se encolumnaba el resto de la grey. El colorido cortejo daba vueltas en cuadro alrededor de la capilla, mientras repicaban las campanas, deteniéndose a cada rumbo para pronunciar una intención. Terminado el rezo, la columna continuaba la marcha a la estruendosa señal de una descarga de fusilería, y nuevos repiques de campanas, acompañados tal vez por la algarazara de los pájaros que partirían espantados de las chacras vecinas.

Al entrar todos para la misa, los recibían los graves acordes del órgano del templo. Un órgano en medio de los campos, en aquel tiempo. Y un hábil organista, don José Invinkelried, cuya maestría mudaba en goce el religioso oficio. Tanto, que no alcanzaba el recinto para cobijar la gente que acudía a veces desde lejos para oírlo.

¿Cómo habían llegado uno y otro a esa población? Vimos que las favorables condiciones de instalación de la colonia permitieron la obtención de cierta riqueza. El enorme instrumento arribó un día desarmado desde Suiza y fue desembarcado en el puerto por el vapor “Aguila”, a encargo de don José Mangold, que sabía ejecutarlo y había querido costearse ese gusto, constituyéndose muy pronto su casa en visita obligada de casi todo el vecindario, que concurría allí a satisfacer la humana necesidad de escuchar música.

El objeto de tan nutrida concurrencia terminó por cansar a don José, que resolvió al fin ponerlo en venta. Y decidió adquirírselo la comisión de iglesia, para que acompañase la misa

su lindero, don José Invinkelried, que también ejecutaba y la cantaba con melodiosa voz de tenor. Este era descendiente de los tradicionales guardias suizos del Vaticano y se había criado entre las prácticas de la fe. Allí había aprendido su arte. Cuando se trasladó a América trajo escasas pertenencias. Entre ellas, un pergamino que dejó a sus hijos como preciada reliquia: la bendición e indulgencia plenaria del Papa para él y su descendencia, hasta la tercera generación ⁽³⁾.

Era un hombre modesto y alegre, que vivía sin ambición, cultivando la huerta, ordeñando sus vacas y ayudando a los vecinos. Pero el domingo se transformaba en un duende feliz, que haciendo preludios sobre el teclado con sus ágiles manos, convocaba al llamado de potentes notas a los labriegos para la oración.

Años después de la muerte del Conde el órgano fue llevado a Santa Fe para efectuarle composturas, y ya nunca fue devuelto, quedando en una iglesia de la capital. Las elegantes damas de la ciudad que entonan cánticos al impulso de sus sonos, no saben que esa música no era para ellas.

Nació para los simples campesinos el día que dejaban el trabajo de sus manos, uniéndolas en ruego junto al Conde, bajo la capilla de Cayastá, mientras los dedos vivaces de José Invinkelried iban trepando escalas de sonidos tubulares y con sus corazones volaban de la tierra, para vibrar en trémolo un instante al lado del Señor.

(3) Se conserva en poder de doña Juana Delset de Invinkelried, en su casa de la colonia.

VII

Una carta de despedida (*)

El 10 de julio de 1882, Edmundo de Tessières redactaba en Cayastá, con su puño y letra, el testamento en favor de María Gaspoz (**). Unos días después, la madrugada del 19 de julio, luego de las oraciones y ejercicios habituales, el Conde se dispuso a cumplir otro deber de amistad: escribir a Antonio Gaspoz, que se encontraría entonces en la casa de un hermano, en París.

Recordando la figura de Antonio, algo más joven que él, alegre y marcial, inició espontáneamente el encabezamiento:

“Mon général:”

Como acostumbraba a llamarlo, con afecto. Sonreiría al trazar las líneas siguientes:

“Mi general:

Este título sólo a usted le cuadra, y sin duda no tendrá necesidad de descender hasta la firma para reconocer a quien le escribe. He esperado hasta este día para que mi carta sea recibida por usted en ese domicilio, pues sin

(*) Carta de puño y letra de Edmundo de Tessières, dirigida a Monsieur Antoine Gaspoz, que en este capítulo se transcribe íntegramente, traducida de su original francés. Está fechada en Cayastá, el 19 de julio de 1882. Fue conservada por los descendientes de Antonio Gaspoz; y actualmente pertenece al archivo particular del Dr. Salvador Dana Montañó, Santa Fe.

(**) Conf.: “Francisco María Edmundo, Conde de Tessier - Bois Bertrand - Testamentaria” - Expte. Nº 25, fs. 12, Tomo I, Año 1884 - Expedientes Civiles - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

esta precaución, su hermano leyéndola me hubiera visto como a un alardoso, y la hubiera tomado sin duda por una mistificación”.

Antonio ha viajado juntamente con Carlos Bournissent. Ambos eran hombres de confianza de Edmundo, y fueron los primeros que poblaron con los Condes el paraje, mientras se realizaba la mensura del pueblo y de la colonia. Bournissent fue el primer colono designado como teniente juez de la población, dependiendo del Juez de Paz de Helvecia. Durante el primer gobierno de Iriondo, después de negarse a ejecutar una orden emanada del ministro por tacharla de ilegítima, fue relevado de su cargo.

Con el pensamiento puesto en los dos hombres, el Conde continúa la carta:

“Espero que vuestro viaje haya sido feliz y se haya efectuado sin accidentes”.

El padre, viudo desde hace poco tiempo, querrá noticia de los niños y jóvenes que en esos momentos duermen bajo su custodia:

“No es necesario decirle como todo el mundo hace votos por su feliz retorno, el que deseáramos lo más próximo posible, si no fuera el caso para usted de recuperar la salud. Yo me adelanto, ante todo, a tranquilizarlo sobre el estado de las personas y de los negocios. Todo, gracias a Dios, está en el mejor estado”.

Elude problemas de fondo, que sin duda hablaron ya, personalmente. Pero sí, a continuación, se referirá a un caso obligado: el de la crecida de las aguas fluviales, que han invadido los campos anegadizos, y en esa estación invernal, impiden todavía el desahogo de la hacienda, que los pobladores acostumbran a invemar en las islas y rinconadas.

Por eso le informa:

“Los ríos descienden, sin apresurarse demasiado, sin embargo, de suerte que no puedo saber aún en qué época volveremos a estar en posesión de la isla”.

Pensará que felizmente quedan lomas en la estancia, y en el campo que ha comprado en sociedad con Bournissent, al norte de la Colonia, mientras que los vecinos ocupan para sus vacas las alturas de los terrenos de pastos comunes en el Mocoretá, hacia Saladillo, de modo que el ganado podrá sostenerse hasta que las aguas bajen lo suficiente.

Para ejercer el pastoreo común, el Conde y los colonos se han obligado a cercar las concesiones agrícolas ⁽¹⁾. Así es que la situación, aunque los daña porque merma y enflaquece los rodeos, no los apremia.

Recordará que el fundamento del quehacer agropecuario, fue expuesto en la nota que él redactara y firmaran los colonos, en 1875, al gobernador Iriondo. Decían al respecto: "...el plan de la colonia es exclusivamente apropiado en su doble carácter agrícola y pastoril; que si no tuviese esas dos industrias juntas, sería necesariamente reducida a un número de familias demasiado chico..." ⁽²⁾.

Era la visión de los fundadores para el desenvolvimiento de la comunidad, expresada asimismo en la nota enviada al ministro Argento, en 1875, por el teniente juez Carlos Bourmissent, que, asesorado por Edmundo, advertía: "Vivo en la colonia desde su origen y la conozco bien; declaro en conciencia que si se muda algo del plan actual de ese establecimiento, se lo arruinará, y como tantos otros, yo soy testigo de que todos los colonos, confiándose en la firmeza de los empeños, han venido acá atraídos por la bondad de dicho plan, cuyo efecto es conciliar la seguridad de los sembrados con la existencia de animales suficientes, pues no se debe olvidar que la colonia no tiene ni bastante terreno de pastoreo para tantas familias si fuesen meramente pastoriles, ni bastante terreno labrantío si ellas hubieran de ser exclusivamente cultivadoras" ⁽³⁾.

⁽¹⁾ a) Reglamento para la Colonia de Cayastá. Ejemplar en francés, de puño y letra de Edmundo de Tessieres, suscripto por los primeros colonos, el 12 de abril de 1874. Archivo del Dr. Salvador Dana Montañó. Santa Fe. b) Contrato de medianería entre el Conde y los colonos de la Línea Sur. adonde él se compromete a pagar de su cuenta por la primera vez el total del alambrado divisorio, en Cayastá, el 22 de septiembre de 1877; obrante en autos caratulados: "Francisco Edmundo, Conde de Tessier - Bois Bertrand - Testamentaria", Expte. Nº 25, fs. 12, T. I. 1884 - Expedientes Civiles - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

⁽²⁾ Nota de los colonos al Gobernador de la Provincia, acompañada por otra de similar tenor, redactada de puño y letra de Edmundo de Tessieres, quien firma por su padre el Conde León. Obran a fojas 107 y 109 respectivamente, del Tomo 22, Año 1875 - Expediente de la Escribanía de Gobierno. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

⁽³⁾ Nota del teniente juez Carlos Bourmissent al Ministro General de Gobierno, fechada en Cayastá, el 23 de febrero de 1875. Tomo 22, Expedientes 1875, Escribanía de Gobierno. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Más estos son hechos conocidos por el destinatario de su epístola, quien sabe también con qué talante hay que tomar esos golpes de la naturaleza. Por ello concluye:

“Debemos ser, con seguridad, gentes muy amables, puesto que el agua nos regocija con sus peces, en el afán de que Madame la creciente no tenga que despedirse de nosotros”.

Y sigue la carta: *“No debo olvidar de darle la dirección de Monsieur Francezón, la que no he pensado en hacerles conocer antes de vuestra partida. Vive en Clamart, rue de l'Eglise Nº 2, Baulienne de París. Es un hombre honrado, que los conducirá como un verdadero amigo. Le aconsejo ver un médico especialista que lo tratará por los males de estómago, y a fin de que evite los charlatanes, será también el bueno de Francezón quien podrá ponerlo al tanto”.*

El mismo Edmundo prepara los remedios para los pacientes, con la ayuda de Nicolás Jaix, que es su vecino del Norte, compadre de Antonio, y aficionado a la botica ⁽⁴⁾. Pensando en las dificultades que suelen tener para conseguir las sustancias básicas, necesarias para elaborar las pociones en los casos más corrientes, continúa escribiendo:

“Recuerde también hacer una pequeña provisión de remedios de buenas calidades, sobre todo de los que se aplican a los males de estómago, de pecho, etc. Nicolás me recuerda de recomendarle adquirir azúcar Candi y vitriolo blanco para componer su célebre remedio para la vista. Más adelante le diré más sobre las cantidades y proporciones”.

Algún animal aullará en la lejanía. Cortará su reflexión el grito de un ave cazadora. Otra vez sentirá la impresión del peligro.

“En cuanto al asunto de las armas, deseo ante todo que el fusil que usted traerá para mí, sea provisto de un excelente sable bayoneta”.

Tuvo que usarlo antes, en las trincheras de su batallón... Amante de la paz y de la ley, en su colonia los fusiles han servido sólo para festejos y entretenimiento. Aunque la ley autoriza a defender con armas los derechos, cuando los quita la fuerza o el despotismo.

(4) Recetas de pociones, algunas con matices esotéricos, se encuentran por ejemplo, anotadas en francés con la letra de Edmundo de Tessières, debajo y al dorso de una vieja cuenta de la modista de su madre, encabezada: *“Doit Madame De Boisbertrand - Turón, 1er. Marz 1831...”*. Archivo del Dr. Dana Montañó. Santa Fe.

"Insisto también en unos buenos largavistas, forrados en cuero o en madera, o montados en cuero, con muchos lentes de recambio".

Pero debe recordar su objetivo principal al viajero:

"Querido amigo: me detengo por falta de materias, sin embargo yo no puedo terminar sin encarecerle de volver restablecido con vigor, sin parar en otros miramientos, a fin de quitarnos una aflicción. Lo más presto posible será lo mejor".

Luego su pensamiento se proyecta a otro lugar de la colonia:

"Diga también a Carlos que todo va bien en su finca".

El día anterior, habrá preguntado a los niños de Antonio, qué mensaje mandarían al padre, y ahora lo transmite:

"Adios pues, todo el mundo le envía un enérgico abrazo transatlántico".

Anima a los compañeros:

"No se aburran. Es decir, muévanse y diviértanse, como debe ser. Arrojemos la melancolía si trata de seguirnos, que ella sólo es a propósito para el campo argentino".

Sí, ella impregna el humor de sus hijos. ¿De dónde viene esa tristeza criolla? ¿De no tener fronteras entre campo y cielo? ¿De sentirse un punto apenas, en ese llano territorio infinito? ¿De dónde viene el silencio de esa noche, que agita los pastos helados y que a veces se mete en los fogones, mientras los hombres se quedan ensimismados, contemplando el suelo?

Edmundo firma ya la despedida de sus colonos:

"Vuestro muy devoto y por siempre fiel amigo

Conde de Tessières".

Amanece. El Conde apaga la lámpara y sale a dar un paseo, con la tranquilizante luz del alba. Los pulmones respiran el aire fresco de la costa. Las botas hacen crujir la escarcha. Ya el sol envía su primer rayo rubí. Muchos pequeños soles asoman en los naranjos de la quinta... Es un lindo país... Para romper con su melancolía, es preciso transformarlo. Transformar es trabajar. Trabajar es amarlo.

Divisa a lo lejos a Nicolás que ya trajina en sus cultivos, y camina hacia él. Regresa al rato. Retoma la carta que ha quedado sobre la mesa y escribe:

"P.D.: Nicolás no ha podido determinarme por cantidades precisas las proporciones relativas al vitriolo blanco y al

azúcar Candi que exige la composición de su remedio, pero dice que la receta llevaba 10 centímetros de cada una de estas sustancias por litro de agua."

Ha terminado. Dobla cuidadosamente el papel. En un sobre lacrado, Luis lo llevará hasta la ribera para entregarlo a la mensajería del vapor "El Quinto". Mudando de embarcación, de puerto en puerto, el saludo llegará —sin las ligaduras de su autor— a la patria lejana. Más adelante, Antonio Gaspoz le traerá nuevas de ella...

Pero no sería así. Cuando la carta iba en camino, pasaron cosas tremendas. Al arribar a París, no encontró al destinatario, que había vuelto precipitadamente a su casa, al tener malas noticias. El hermano la devolvió a Cayastá, donde llegó por fin a las manos trémulas de Antonio. El remitente ya no estaba allí. Esas líneas eran su última despedida.

VIII

Noche de tragedia (*)

Con las primeras sombras del domingo seis de agosto de mil ochocientos ochenta y dos, una cerrada llovizna había comenzado a caer sobre el pueblo.

Era una mala noche para los colonos, que se habían reunido a bailar en la casa de Julio Carrel, cercana a la ribera. Aunque a pocos pasos el río azotado por el viento se estremecía en espumosas marejadas, desde el interior de la casa de Carrel hendían la tempestad alegres luces, eco de voces y son de música. Calor de la presencia de la gente que mitigaba la inclemencia del tiempo gozando de la compañía.

Los valesanos de más edad formaban rueda cambiando ideas y noticias. Conversarían —tal vez en su lengua natal—, de aquel tema común, que era tener la propiedad de las concesiones, y retener allí la descendencia numerosa.

Aguardaban que les otorgaran los títulos de los potreros de pastos comunes ya parcelados, y querían tomar posesión de la ampliación de la colonia hacia el Saladillo, que representaba las dos terceras partes del total estipulado en el contrato de colonización: unas seis mil hectáreas, destinadas a dividirse entre nuevos propietarios, apenas se diera la actividad que correspondía al Estado provincial.

(*) Los datos fundamentales de este capítulo están contenidos en el sumario judicial: "Archivo General de Expedientes Criminales —Primera Circunscripción— Año 1886, Tomo III, Nros. 12 a 27, caratulado: "1882. Criminal contra Cirilo Lemos, Gaspar Lemos, Rafael Sequeira y Honorio Mendoza, por asesinato y robo. Iniciado el 14 de agosto de 1882". Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Entonces acrecerían su labor los hijos, que ayudaban en los surcos desde niños, y podrían realizar el simple sueño de seguir unidos en el porvenir.

El conde Edmundo, procuraba el cumplimiento del compromiso anteriormente suscripto entre su padre y el gobierno, pero según sus últimas confidencias, las gestiones no resultaban favorables.

Algunos lamentaban entonces haber dado por ciertas las expectativas, al punto de llamar para participar del trabajo de esas tierras, a parientes que quedaban del otro lado del mar.

Quizás durante un lapso continuaron tales comentarios, hasta que aquellas personas, solicitadas por los más jóvenes, pasaron al centro del salón, agregándose a la algarabía del baile. La incorporación de los mayores, como suele ocurrir, haría crecer en animación la fiesta, que parecía encaminada a continuar alegremente, al compás de las polcas y valesanas.

Sin embargo, en instantes en que adentro se reía y bailaba, un reducido grupo de hombres mandado por el teniente juez y acompañado por un niño de ojos llorosos, golpeaba las puertas trayendo una grave noticia: una banda de forajidos había atacado y saqueado la casa del Conde, asesinándolo y matando también a las hijas de Gaspoz.

Esto era lo que relataba Antonio, hermano de esas niñas, que escapando providencialmente de la matanza, había corrido angustiado en busca de socorro, casi una legua en medio de la oscuridad y la llovizna. Afirmaba que los asesinos eran nueve, y estaban todavía en el lugar de los hechos, no habiendo advertido su ausencia.

Un pelotón de quince hombres armados partió encabezado por Victorio Blanche, joven de temple decidido. Había llegado con sus padres desde Francia a San Carlos cuando contaba doce años. A los diecisiete había seguido a los Condes hacia Cayastá junto a su hermano Remigio, que tenía dieciocho (1). En los últimos tiempos, Edmundo, viendo en él sensibilidad para la medicina, había comenzado a transmitirle sus conocimientos, con mandato de velar por los enfermos.

Ahora, llevando detrás un grupo acongojado y silencioso, caminaba apresurado rodeando los bajos y cortando campo, hasta que después de una larga marcha vio surgir, tras la cor-

(1) GORI, Gastón: *Colonización suiza en Argentina*. (Colonizadores de San Carlos hasta 1860), pág. 80. Ed. Colmegna, Santa Fe, 1947.

tina de agua que caía incesante, el blanco bulto de la casa y la arboleda.

No se veía luz, ni se escuchaba ruido alguno. Blanche intimó en voz alta a los asaltantes, mas sólo respondió el silencio. Hasta que, luego de otro intento, una entrecortada voz de mujer contestó desde adentro que ya los asesinos se habían ido.

Cuando entraron, se presentó ante sus ojos la escena del infortunio. En el piso de la cocina, en un charco de sangre, yacía inmóvil Edmundo de Tessières, manteniendo entre los dedos crispados, cabellos que arrancara a su matador al defenderse.

En la habitación siguiente, encontraron tres criaturas degolladas, mientras una pequeña de siete años, Antonieta, creyendo que eran los asesinos que volvían, les suplicaba de rodillas que no la matasen. En la pieza contigua, tendrían que ver otro cuadro desventurado. Dos de las niñas mayores yacían en el suelo. María estaba muerta. La otra vivía aún. Era Martina, quien había respondido a los hombres, y que no podía moverse a causa de las heridas recibidas.

IX

La muerte del Conde (*)

Aquel atardecer, la familia se encontraba reunida junto al fogón de la cocina, mientras la llovizna comenzaba a caer con sostenido golpeteo sobre el tejado. Luis, el mayor de los varones, ha viajado a Helvecia, y no volverá esa noche debido al temporal, quedándose ya cerca, por el camino, a dormir en la casa de Eugenio Motard, prometido de María.

En la casa del Conde, dos de las jóvenes conversan junto a él. Los chicos ya han cenado y están con María en las habitaciones opuestas, al otro lado del patio.

De repente, ruido de cascos y ladridos de perros anuncian la llegada de jinetes. Sale Edmundo afuera e invita a los cuatro recién llegados a desmontar y hacer noche allí. El que encabeza el grupo es un hombre joven, Cirilo Lemos, quien ha venido otras veces desde Santa Rosa, población vecina del Sur, a comprar reses que revende en las pulperías, y con tal pretexto se acerca entonces.

Llevar los cuatro casi la misma vestimenta: saco, bombacha y botas de charol; poncho de color pampa, pañuelo de seda en el cuello, y sombrero de alta copa. Tres de ellos usan poblada barba. Otro es apenas un mancebo que tiene lampiño el bozo.

El Conde los convida a sentarse alrededor de la mesa. Adela y Martina se turnan para atender los platos. Terminada

(*) Con referencia general a este capítulo: "Archivo General de Expedientes Criminales - Primera Circunscripción - Año 1886, Tomo III; Nros. 12 a 27, caratulado: "1882 - Criminal contra Cirilo Lemos, Gaspar Lemos, Rafael Sequeira y Honorio Mendoza, por asesinato y robo. Iniciado el 14 de agosto de 1882". Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

la comida, tuestan café que sirven a Edmundo y los visitantes, y luego se retiran a la habitación de los niños.

Tessières gusta hablar con los hijos del país. Ha tratado con gauchos genuinos, colaboradores de la colonia; ha podido probar sus virtudes, y admirar su versación en toda clase de trabajos campestres. Acoge cordialmente a los troperos, ignorando su intención siniestra. No sabe que éstos son malos gauchos, mácula triste en una raza leal y valiente. Cirilo Lemos, su hermano Gaspar, Rafael Sequeira y Honorio Mendoza, están alertas para entrar en acción. Pero esperan el momento propicio. El Conde lleva la espada al cinto, y han oído decir que es un hombre ágil y diestro. Cirilo trata de inspirar su confianza. Sabe conversar y busca hablar de temas que agraden al noble. Le relata las carreras que ha visto en las fiestas de Helvecia. Le promete que va a regalarle un caballo muy lindo. Comienza a ponderar la espada de Tessières, su hermosa empuñadura, y hasta le pide que lo deje verla. El Conde, quizás en esos instantes de solaz que desvanecen prevenciones, desenvaina y tomando el arma por la hoja, se la entrega. Esta era la ocasión. A una señal, todos se abalanzan sobre él. Lemos le hunde la espada varias veces en el cuerpo, aunque su cabello es atenaceado por los dedos de Edmundo; pero entre todos, luego de un largo forcejeo, lo apuñalan y degüellan. Las voces y ruidos de muebles derribados alertan del peligro a las niñas, quienes corren a cerrar la puerta, en momentos en que ya es empujada desde afuera. Al no poder entrar, Cirilo Lemos les grita para intimidarlas que ellos son nueve y sólo quieren el dinero, que abran y nada les pasará. Las niñas encuentran dos bolsas con oro y plata, que Antonio arroja por la ventana a los bandidos. "Esto no es todo —les dice Lemos—. ¿Dónde está lo demás?". Rebuscan las niñas por armarios y baúles, y terminan arrojándoles todas sus joyas y las de su protector, entre éstas, el cinturón y unos espolines de oro del Conde. Pero eso no conforma a los asaltantes, que preguntan dónde está la moneda "enterrada". Al contestar las niñas que no lo saben, Lemos ordena enfurecido a sus secuaces que echen la puerta abajo. La rompen con un hacha, y penetran decididos a hacer confesar a las jóvenes dónde está el resto del dinero. Hacen pasar a los más pequeños a una pieza contigua, donde los encierran. Entretanto, en un descuido, María se ha apoderado de una pistola, y de una espada que entrega a Adela. Los bandidos en-

cuentran una resistencia insospechada. Suena un tiro y uno de los asaltantes se tambalea. Otro es herido de dos puntazos por Adela, quien pasa a enfrentar la espada que esgrime Cirilo Lemos. El asesino que mata por el oro y la niña que defiende la vida se traban en pelea desesperada. Adela ha logrado dar una estocada al contrario, cuando al ver los borbotones de la herida, el espanto la detiene. Entonces un balazo la derriba. Es uno de los maleantes, que por la espalda ha matado a María, y le ha arrebatado la pistola. Otro deja a Martina por muerta después de acribillarla a puñaladas.

¿Qué sucede entre tanto en la habitación vecina? Antonio trata a toda prisa de convencer a sus hermanitas que se salven a través de la única salida, una ventana enrejada, viendo que él no podrá pasar por ella, pero las pequeñas sólo atinan a llorar y se niegan a hacerlo. Escuchemos el relato de lo que después ocurre, de la propia boca de este niño milagrosamente salvado de la muerte, en la declaración de los hechos que hará unos días más tarde ante el Juez del Crimen: "... acto continuo entró Cirilo Lemos con cuchillo en la mano, éste lleno de sangre, y agarrándola a Luisa y plantándole el cuchillo en el pescuezo del lado izquierdo, la degolló. En seguida Lemos agarró a Filomena y le dio dos puñaladas de arriba a abajo, al lado del pescuezo. Acto continuo Cirilo Lemos quiso agarrar a Antonieta, la que disparó como para entrar en la segunda pieza, cuando uno que estaba al lado de la puerta, le asestó un hachazo con un sable en la cabeza, que la volteó, dándole otros dos más cuando ya estaba en el suelo. A Anita que se escurría bajo las camas, no la podían agarrar por mucho tiempo, hasta que finalmente Cirilo Lemos la agarró de una pierna y la sacó de debajo de una cama, degollándola en el acto. Yo estaba escondido todo este tiempo debajo de la cama de mi padre que se hallaba en la primera pieza y en su ángulo Sudoeste, y como había una lámpara prendida he podido ver todo lo relacionado. Cuando los asesinos habían concluido con Anita tomaron la lámpara y alumbraron por todas partes, apagándola después sin haberme descubierto y saliendo en seguida para la cocina. Al rato volvió Cirilo Lemos solo y con fósforos alumbró a todos los cadáveres, pasando también a la pieza en que yo me encontraba, donde demoró un momento y después salió. Escuché hablar a los asesinos en la cocina y fue cuando resolví escaparme por la ventana que mira al Este, lo que

efectuó con toda felicidad, pasando entre la reja, y corriendo a la casa del vecino más próximo, Nicolás Jaix. A las tres horas más o menos, volví acompañado de varios vecinos, hasta la casa de Miguel Lartiga, donde por orden del Juez de Paz que también estaba presente, me quedé" (1).

Después de haber hecho un recuento del botín, los maleantes ensillan, mientras Cirilo Lemos se encarga de meter fósforos encendidos en las narices de sus víctimas para asegurarse de que ninguna hay con vida. Luego, calado el poncho, se alejan rumbo a Santa Rosa bajo la lluvia, convencidos de que nadie podrá atestiguar jamás el torvo crimen.

No es así sin embargo. Dentro del solar envuelto en sombras, la vida late aún. La pequeña Antonieta sólo está desmayada. En la otra habitación, Martina y Adela, heridas, han fingido estar muertas, conteniendo la respiración y resistiendo la quemadura de los fósforos sin movimiento alguno. Segura ya de que los hombres han partido, Adela, animada por Martina que no puede moverse, se incorpora dificultosamente, y comienza a correr hacia la casa más cercana, la de su padrino Nicolás Jaix.

Un duro designio del destino parece haberse ensañado aquellas horas con la pobre niña. Las jóvenes no sabían que ya Nicolás había recibido el aviso de Antonio, a quien daban por muerto. Este le dijo a Jaix, según lo que escuchó gritar a Lemos, que los asaltantes eran nueve. Decidieron entre ambos que el niño siguiera hasta el pueblo para pedir ayuda, y Nicolás se quedase montando guardia, cuidando la propia familia, a la que mandó encerrarse en la casa.

Vigila sobre una parva cuando vé un bulto que se acerca corriendo. Piensa que son los bandidos que vienen. Poco se distingue en la oscuridad. Da tres veces la voz de alto a la figura que avanza y no recibe respuesta; entonces dispara su fusil. Se sorprende al escuchar un grito de mujer. Ha baleado a su ahijada, Adela, que extenuada por la emoción y la carrera, no ha podido responder.

• • •

Conocemos ya como se produce la llegada de los pobladores a la casa del Conde. Al saber que los asesinos se han

(1) Archivo General de Expedientes Criminales - Primera Circunscripción, Año 1886, Tomo III, Nros. 12 a 27, etc., fojas 23 y siguientes.

marchado, un grupo de jinetes sale en su persecución. Llegando al linde sur de la colonia, en la Vuelta del Dorado, comprenden que ya no podrán alcanzarlos, y que a partir de allí, poco avanzarán con el barro y las tinieblas, por una angosta senda entre los montes de Calchines. Fustigados por el agua y el dolor, hacen volver la grupa a sus caballos.

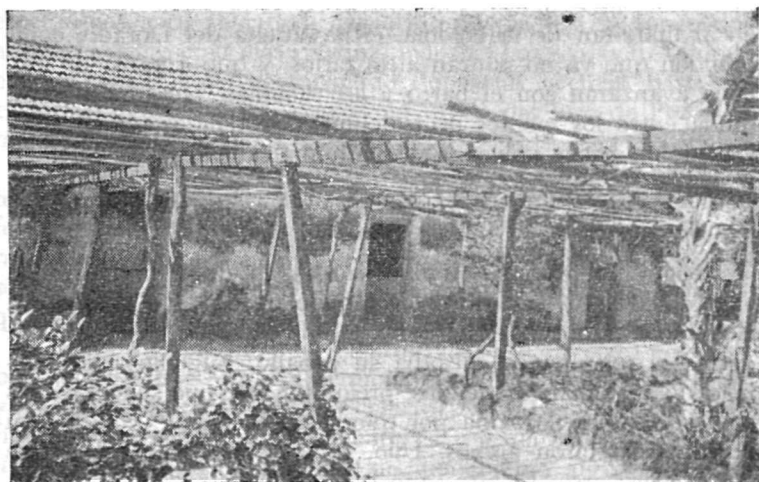
* * *

Según la leyenda familiar, acababan de dormirse en la casa de Motard, cuando el estampido de un rayo despertó a Eugenio y pudo ver en el patio a Luis Gaspoz que mojándose entre los relámpagos, alistaba su caballo. Eugenio salió alarmando para tomar las riendas, preguntándole qué sucedía. Luis contestaba que no sabía por qué, pero tenía que volver a su hogar. Disputaron ambos. Uno, repetía como alucinado que debía marcharse. El otro, que era locura cabalgar con la tormenta. Hasta que prevaleció la opinión —más sensata en apariencia—, de Motard, y el amigo cedió, soltando la cabalgadura.

Puede creerse que son fábulas acerca de los hechos. Pero también es posible preguntarse: Había él de dormir tranquilamente, en ignorancia total de que a media legua, peligraba la vida de la familia y su protector? No es capaz el alma de recibir en un instante a través de la distancia, por los hilos invisibles del éter, el clamor y el sufrimiento de los seres queridos?

Si Luis hubiese seguido su impulso, partiendo de un galope hacia la casa, la intervención del joven, dotado de arrojo y entrenado en la lucha, habría tornado distinta la situación.

O tal vez, por el contrario, todo intento era inútil contra el hado de esa noche de horror y de sangre. En un lugar de América, quedaba muerto Edmundo, atravesado por su espada. La predicción se había cumplido.



a) Patio de la casa del Conde.



b) Pasaje del río frente a la casa.

X

Política y piedras preciosas

La noticia del crimen soliviantó los ánimos del vecindario, causó consternación en la comarca, y cundió rápidamente en Santa Fe y las restantes colonias de la provincia. Difundida por los diarios del viejo mundo, pasó más tarde a Europa, y en uno de esos periódicos, la leyó abruptamente el padre de los niños asesinados, don Antonio Gaspoz, embarcándose inmediatamente de regreso.

Pudo expresar con acierto el Fiscal de Cámara, doctor Retamar, al pedir la pena de muerte, acusando públicamente a sus autores: "Difícilmente se ha registrado ni se registrará jamás en los anales judiciales de la provincia un crimen más atroz e inhumano. Cuatro inocentes niñas apenas en la alborada de la vida, y un hombre virtuoso, providencia continua de sus semejantes en aquellos contornos, han sido sacrificados a la saña feroz de alevos asesinos" (fojas 288).

Don Victorio Blanche asistió a las niñas heridas. Vino algunas veces el boticario de Helvecia. Por último, el doctor Eliseo Videla viajó desde Santa Fe, para velar junto a ellas día y noche. La pequeña Antonieta se repuso prontamente. Martina logró recuperarse. Adela sucumbió después de un año de postración (¹).

Estas jóvenes habían participado, unos días antes del asesinato, de un raro episodio, que los pobladores relatan así:

Cierta ocasión, llegó Adela muy agitada al lugar donde estaba Martina, refiriéndole que mientras el Conde retornaba

(¹) Acta parroquial de defunción. Libro 1º de Defunciones de las Colonias de Cayastá y Helvecia; página 11 - N° 38. Cura fedatario: Fray Constanzi.

a la casa, ella veía su cuerpo sin cabeza. Martina la tranquilizó; pero a la mañana siguiente, vio ella también, de la misma forma, a María, cuando la hermana regresaba con la leche desde el corral. Asustadas, fueron a contarle las visiones a Edmundo, quien las escuchó con atención, sin que al parecer le causaran alarma. Pero seguramente las interpretó como una señal, porque más tarde las niñas lo vieron afilando la espada.

Luego del crimen, el Conde fue hallado con la cabeza prácticamente separada del tronco, y de igual manera se encontró a María. Al advertir la coincidencia, las sobrevivientes rememoraban tales anuncios.

Dicen también que después del suceso, el pequeño Antonio intentaba atravesar la ventana del mismo modo que lo hizo para salvarse, pero ya no podía pasar por la reja; y la gente se asombraba, repitiendo que en aquel instante lo ayudó la fuerza de la desesperación, o la Providencia.

En cuanto a los salteadores, según surge del expediente criminal, pudieron curarse esa noche antes de entrar a Santa Rosa, con el práctico en medicina don Ramón Silva, quien desconocía el origen real de las heridas, y les mandó que las desinfectaran con el tabaco de cigarros de hoja, que aquellos compraron por el camino en la tienda de Montrul, guareciéndose después en las cercanías de los Dos Ombúes. Sequeira, que sangraba mucho, quiso confesarse con el misionero de los indios ⁽²⁾.

Anduvo tarda en el procedimiento la autoridad del Calchines, y se encuentra agregada en el sumario judicial una denuncia —que por alguna comprensible razón firmaba sólo “Un vecino honrado”— de Santa Rosa, poniendo en conocimiento de la Instrucción que el Juez del lugar lo hacía intencionalmente para dejar escapar a los asesinos.

Gaspar Lemos, hermano de Cirilo, y Rafael Sequeira, fueron apresados, y condenados en segunda instancia a prisión “por tiempo indeterminado”, sin que jamás confesaran su delito ⁽³⁾.

(2) Archivo General de Expedientes Criminales - Primera Circunscripción - Año 1886, Tomo III. Números 12 al 27, caratulado: “1882. Criminal contra Cirilo Lemos, Gaspar Lemos, Rafael Sequeira y Honorio Mendoza, por asesinato y robo”. Iniciado el 14 de agosto de 1882, fs. 366-368. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

(3) Expediente criminal citado.

El fallo de la Cámara llegó en apelación a los estrados del Superior Tribunal de Súplica, que lo confirmó, con el voto en disidencia del doctor Aureliano Argento, quien sostuvo la absolución de los acusados "por falta de pruebas". Sorprende la argumentación, frente a las evidencias del proceso. Este magistrado había sido propuesto para el cargo por el gobernador Simón de Iriondo, de quien era hombre de confianza, habiéndolo acompañado sucesivamente como ministro general de su gabinete, y como senador nacional por su fracción política (*).

El ejecutor principal del crimen, Cirilo Lemos, y Mendoza, pudieron huir hacia el Norte, y ya nunca fueron encontrados.

El último Conde fue enterrado en el cementerio de la colonia junto a su padre, con un simple epitafio que reza sobre su tumba: "León y Edmundo de Tessieres — Fundadores de la Colonia Cayastá".

* * *

¿Cuáles fueron los móviles del asesinato? Según los antiguos colonos, el gobierno hizo matar a Edmundo de Tessieres. Repite la tradición popular cinco motivos esenciales en apoyo de su aserto:

Primero: Que eran tirantes las relaciones entre el Conde y las autoridades, como resultado del incumplimiento del contrato de colonización, y citan como precedente de hostilidad, el atentado que sufriera en Santa Fe.

Segundo: Que los títulos de propiedad de los potreros interiores (de "pastos comunes" en el trazado original), ya divididos en concesiones, no les fueron extendidos ulteriormente, sino hasta que gobernó la provincia en 1898 don José Bernardo Iturraspe, quien les había prometido que cumpliría ese acto de justicia al llegar al poder.

Tercero: Que la tierra del oeste, considerada en el contrato fundacional inicialmente "de pastos comunes", y destinada a la ampliación futura de la zona agrícola de la colonia,

(*) *El parlamento Argentino. 1854 - 1947*". Imprenta del Congreso, 1948. Cámara de diputados de la Nación; ZINNY, Antonio: *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas*, Tomo I, Imprenta C. Casavalle, 1879, bibliografía citada por Vedoya, Juan Carlos, en trabajo acerca de los intereses del tanino y la yerba mate, publicado en Revista "Todo es historia", Nº 99, pág. 59. Buenos Aires.

les fue quitada, pues pasó después a la pertenencia de personas extrañas; en su mayor parte, las ocupó don Agustín de Iriondo, hermano de don Simón, quien gobernaba al momento de la muerte del Conde.

Cuarto: Que al cercar el nuevo ocupante el costado este de tal posesión, los suizos cortaron y quemaron los alambres y postes, sosteniendo que ese campo era de la colonia, acción que les valió a los principales —entre los que estaba Antonio Gaspoz— ser presos y llevados a caballo hasta Santa Fe, donde los tuvieron veinte días en el interior de una barraca, engriados sobre estibas de huesos. (El contrato con el gobierno daba respaldo a los detenidos, por lo cual la sede criminal no podría procesarlos, requiriéndose el pronunciamiento previo del fuero civil o administrativo; y más difícil sería deslindar la responsabilidad, porque los presos atribuían a “la Colonia” la autoría de lo sucedido. Como en el caso de Fuenteovejuna, se presentaba el problema de tener que enjuiciar a toda una comunidad). Los colonos tenían amigos de influencia en la ciudad, y su encierro comenzó a volverse incómodo también para las autoridades. Así es que fueron liberados, ofreciéndoles la cesión de parcelas menores, con la promesa de darles mayores, que después, no fue cumplida. Ello fomentó la expectativa por un tiempo, mientras el duro trato carcelario, sirvió de disuasión, por otra parte, para que nadie siguiera defendiendo esos derechos.

Quinto: Que Antonio Gaspoz no pudo tomar posesión del acervo del Conde, sin antes litigar también con el Estado. Este pedía que se reputase vacante la herencia, la que debía pasar al poder del Fisco, impugnando la validez formal del testamento, y argumentando en cuanto al fondo, que el fallecimiento simultáneo de heredera y testador dejaba sin sucesores los bienes. (Dicho sea de paso, encontramos desglosadas las fojas correspondientes al incidente en la testamentaria; mas por referencias que a él se hacen en el principal, y según lo explicado en la correspondencia entre los agentes consulares, que se menciona al pie, y los testimonios de los sucesores, es posible reconstruir la esencia del litigio ⁽⁵⁾). Parece que a don

(⁵) Carta del Sr. A. Flayollet, Agente Consular de Francia en Santa Fe, al Sr. Aufranc, Agente Consular de la Confederación Helvética en Esperanza, fechada el 19 de agosto de 1882, copia obrante en el Consulado de Francia en Rosario.

Antonio le costó tiempo y fe, obtener su razón del Tribunal de Apelaciones, ante la duda que planteaba la “conmoriencia”, que alude al supuesto en que por un hecho violento fallecen juntamente heredero y testador. En tal caso, la doctrina francesa consideraba equitativo presumir que había muerto antes la persona de mayor edad. Como “la Justicia tiene dos orejas”, escuchó al abogado de Gaspoz, acogiendo la sentencia este fundamento y estableciendo en base a la presunción que, por instantes, María había alcanzado a heredar, constituyendo en heredero forzoso a su padre, por imperio de la ley.

* * *

A pesar de los motivos expuestos, la hipótesis de la instigación respecto del crimen, no halla sustento en las constancias que tenemos a la vista. Es cierto que esos móviles no son fáciles de comprobar documentadamente; mas también es verdad que este análisis, no tiene por fin reabrir el caso, después de un siglo de intervalo.

Simplemente, la historia viene revestida con el matiz, a veces legendario, que le añade la memoria popular, y ella tiene que ser consignada en esta parte, como lo ha sido en otros aspectos del relato.

Debe constar que aunque el asesinato vino a coincidir con la controversia por la tierra y el litigio ulterior sobre la herencia, estos son indicios que no prueban plenamente que haya habido instigación para cometer el delito, cuyas causas determinantes aparecen en el proceso, como surgidas de la codicia personal de los asesinos.

Subsistiría la acusación de aquellos viejos colonos, en el sentido de que hubo luego del hecho, desde la esfera gubernativa y por amistad política, embozada protección a los forajidos, y aprovechamiento de las circunstancias. Sobre esto último se remarca que la extensión de terreno destinado a la Colonia, de acuerdo al artículo 3º del contrato de colonización, que transcribimos antes, era de “*una legua de frente sobre el Río Cayastá y tres leguas de fondo al Saladillo Dulce*”; que, en consecuencia, y conforme también a la citada disposición, se reglamentaba el trazado en concesiones de las primeras tres mil hectáreas situadas al Este sobre el Río Cayastá, mientras unas seis mil hectáreas aproximadamente que quedaban ubi-

cadadas en la parte del Oeste, hasta lindar con el Saladillo, serían *"para pastos comunes de la misma Colonia"*, y eran susceptibles de *"dividirse en concesiones más tarde, si el aumento de población así lo exigiere, para ser donadas o vendidas según convenga a los intereses de la Colonia"*.

Y sin embargo, no obstante darse las condiciones requeridas por la convención, esas últimas tierras nunca sirvieron a su destino previsto, sino que por el contrario, las facilitó el gobierno a la posesión particular que tuvieron después.

* * *

Como surge de los testimonios que obran en la causa criminal, durante la vida del Conde otra leyenda había corrido, que igual que la de la espada, cobraría vigor al conocerse los detalles de su muerte, corroborantes de la agorería.

Se decía que éste guardaba un tesoro enterrado de oro y gemas de valor incalculable. Estas conversaciones habían llegado a oídos de Cirilo Lemos en sus frecuentes arrees a la zona, haciéndole concebir la idea de robarlo, para viajar al extranjero y vivir como él entendía que debía hacerlo un señorito afortunado.

Juan Scartascini, un comerciante; y el agricultor Remigio Blanche, declaran en el sumario que estando en la taberna del español Domingo Méndez, escucharon a Cirilo que, de tráfico días antes en el pueblo —y estimulado quizás por la ginebra que bebiera—, exclamó en un momento de esos comentarios, sentado sobre el paño del billar: "¡Quién tuviera los miles que tiene el señor Conde, para irse a pasear a Europa, y pasar una vida mejor de la que él está pasando acá!" (6).

¿Qué hay de verdad en la versión del tesoro difundida en la comarca, que hasta nuestros días hace trabajar la imaginación de algún poblador?

Nunca, tal vez, podrá responderse razonablemente al interrogante. Debemos de todos modos, anotar ciertos indicios que resultarían favorables a la conclusión de que el tesoro existe:

Primero: En la época era corriente enterrar el dinero, a causa de la lejanía de los centros poblados y la ausencia de casas bancarias en la zona.

(6) Expediente criminal citado, fs. 65 vto.

Segundo: El Conde gozaba de posición desahogada. Parece imposible que la suma llevada por los bandidos —de dos a cuatro mil pesos en oro y plata—, único metálico que apareció en la casa, y que provenía de una venta de ganado, fuese todo lo que el noble poseía.

Tercero: Cuentan descendientes de la familia Gaspoz que cuando en el hogar hacía falta el dinero, Edmundo salía por la noche, y al día siguiente aparecían en sus manos las monedas necesarias para cubrir el gasto.

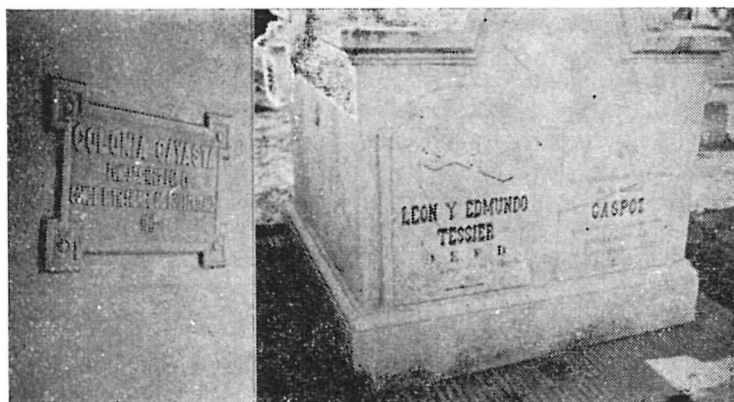
Cuarto: Hace algunos años, se halló en las cercanías de la casa una gran piedra, con signos labrados, que parecía enterrada para indicar algo. Aunque cavaron debajo sin resultado, pudo tratarse de un hito que permitía llegar al tesoro. Como a la piedra la llevó un peón para afilar sus cuchillos, posiblemente se perdió, y si algún trozo quedase, se habrán borrado los signos grabados en ella.

Quinto: Otra clave estuvo acaso en la biblioteca del Conde, quien recomendaba sugestivamente no desprenderse de ella si él faltaba, pues allí había “una fortuna”, consejo expuesto a doble interpretación; que podía significar metáfora o realidad. Pero los libros, que se encontraban manchados con la sangre de las víctimas, fueron destruidos más tarde por uno de los sucesores de esos bienes.

Sexto: El testamento ológrafo del Conde dice que deja a María Gaspoz “todos mis bienes muebles e inmuebles, y toda mi fortuna, para atender a las necesidades que puedan sobrevenir, a ella y a toda la familia, hasta la tercera generación”. Al escribir “y”, Edmundo quería significar que *además* de los muebles e inmuebles, dejaba *toda su fortuna*. Esta consistía en caudales existentes en manos del testador? O en aquella a la que podía tener derecho, y le había sido tal vez confiscada por causas políticas? Parece evidente que estaba en su poder inmediato, pues a renglón seguido expresa que la deja “para atender a las necesidades que puedan sobrevenir, a ella y a toda su familia, hasta la tercera generación”. Un hombre del tino y la previsión de Tessières, no hubiese establecido una cláusula de alcance semejante, sin poseer el respaldo efectivo, y sin haber considerado antes el elevado monto que se requería para cumplir su longánime disposición.

Pero tales razones no son, seguramente, otra cosa que simples conjeturas en apoyo de una tesis que acaso está lejos de ser comprobada.

La verdad será tal vez un secreto que el Conde, y quizás María su heredera, que pudo conocerlo, se llevaron a la tumba para siempre.



- a) Mármol recordatorio en el atrio de la iglesia.
 b) Sepultura de los Condes en el cementerio de la colonia.



- c) Ventana enrejada por donde huyó uno de los sobrevivientes.

XI

Misterio y recuerdo

Los Condes provenían de alta alcurnia. Su origen más cercano se remontaría al del segundo principado de Orange. En los objetos de su pertenencia que conservan herederos de las distintas ramas de la familia Gaspoz, no se observan insignias de armas; y desapareció el "Armorial General" que nos hubiera aclarado el punto.

Consideramos importante transcribir los elementos del escudo nobiliario de su tronco de origen, la mencionada Casa de Orange, que según la heráldica se divide en dos campos: el superior lleva un cuerno, símbolo de riqueza y abundancia, y el inferior, tres naranjas de oro sobre campo azur. Las naranjas representan a Orange. Según Vicente Castañeda y Alcover, en el "Arte del Blasón", Madrid, 1916, el oro en el escudo obliga a sus dueños a proteger a los desposeídos, y el campo azul —expresa la obra—: "significa: de las virtudes, la Justicia, y de las cualidades mundanas: la Dulzura, Lealtad, Inocencia y Piedad. Sus poseedores están obligados al fomento de la Agricultura, y a socorrer los servidores abandonados injustamente por sus señores" (página 66).

Estas normas, ajenas a nuestra nación republicana, pueden sin embargo explicar la trayectoria que los Condes cumplieron en ella, e indicarían que ambos vivieron de acuerdo a los principios que regían su estirpe.

Juan Bautista León era a su vez hijo de Esteban de Tessières - Boisbertrand, Comendador de la Orden de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, Consejero de Estado y Oficial

de la Legión de Honor. Su madre era Jeane Elisabeth Martine de Vaindeys ⁽¹⁾.

Habían nacido en uno de los climas más dulces del mundo, cerca del Ródano, sobre el cantón Oeste de Orange, Departamento de Vaucluse, dentro de la Provenza, próxima ya la Costa Azul del Mediterráneo ⁽²⁾.

Edmundo había servido en la mocedad como oficial en el ejército de Napoleón III. Según la tradición, el joven debió batirse a duelo, provocado por otro caballero, a quien causó la muerte de una estocada. Aunque el lance era lícito entre pares y según las reglas del honor, por haberlo prohibido el emperador era delito punible en ese tiempo, de modo que el percance, unido a la oposición con la casa reinante, precipitó la migración de la familia.

“Conde de Tessières - Boisbertrand”, significa genealógicamente que en una sola cabeza convergen dos líneas condales. Es lo mismo decir “Conde de Tessières *y* de Boisbertrand”.

Según la tradición de Cayastá, que repite comentarios de los fundadores, por la rama de Tessières se emparentaban con los Borbón y la casa de Braganza, y por esto con el Emperador del Brasil, en cuya corte habían estado antes de seguir a la Argentina.

Se debe señalar que en la Enciclopedia Espasa - Calpe, Tomo LXVII, página 329, puede leerse con relación a la familia de Orange: “Carlos Martel arrojó a los sarracenos de Aviñón y Carpentras en el año 737. Después de la desmembración del Imperio Carlovingio, el Condado de Naic y el Condado Venusino formaron parte del Reino de Arlés, fundado por Bosón en 870, y después del Condado de Provenza, pasando finalmente al Condado de Toulouse. En esta época la primera casa de Orange se extinguió con la princesa Tíburgia, quien llevó el principado en dote para su matrimonio con Beltrán de Baux. Este príncipe constituyó el tronco de la segunda Casa de Orange”.

(1) Acta de liquidación de dote, de fecha 27 de marzo de 1858, pasada ante el notario Luis Mauricio Tacussel, en Calderousse,, cantón Oeste de Orange, Departamento de Vaucluse, Francia, cuyo testimonio obra en poder del doctor Salvador Dana Montañó, de la ciudad de Santa Fe.

(2) *Ibidem*.

Y el Tomo VII, página 1267 de la misma obra, acerca de la genealogía de la casa de Baux, añade: "Antigua y noble familia provenzal que disputó la soberanía de Provenza a los Condes de Anjou y Barcelona. Dueña de vastos dominios figuró entre las más poderosas de la nobleza francesa, remon-tándose su origen, según los eruditos trabajos de Barthelemy y de Blancard, a mediados del siglo X, y según la leyenda, hasta los godos y los Reyes Magos". Beltrán I de Baux: (muerto en 1182), príncipe de Orange por su enlace con Tiburgia, hija de Rambaldo III. Sus hijos se dividen en varias ramas".

De la primera Casa de Orange, saldría Guillermo el Conquistador para dominar Inglaterra. De la segunda Casa de Orange, en la rama de le Bois de Beltrán, procederían los Condes de Cayastá.

Tales nociones respecto de la raíz de los nobles, constituyen la noticia que hasta aquí podemos dar, la cual tiene el valor inicial de una hipótesis, ligada al estudio que debe realizarse en su lugar de origen.

Quizás las conclusiones que se extraigan, nos permitan saber con exactitud si el conde Edmundo de Tessières, quien figura en algunos documentos simplemente como "Beltrán de Tessières", tiene su primer antecedente en aquel Beltrán I de Baux. Si fuese así, la familia estaría signada por una ascendencia trágica: Tomemos en cuenta que el siete era considerado en la antigüedad un número mágico, de arcano y profundidad. Para los estudiosos de las simbologías, significa un proceso evolutivo que se ha cumplido plenamente, sentido con que suele utilizarlo la Biblia.

Notemos, en relación, lo siguiente; según los datos de la obra mencionada:

El primer Beltrán, Beltrán I, toma su título en el año 1177, al casarse con la princesa Tiburgia.

El último Bertrand - Bois, Edmundo (llamado también Beltrán) de Tessières, heredaría el título condal en 1877, al morir su padre, el conde León.

Justamente, siete siglos más tarde.

Beltrán I muere asesinado en su castillo de Orange, en el año 1182, según la tradición popular por orden del Rey.

El último Beltrán de Bois muere asesinado en su estancia de Cayastá, en el año 1882, según la tradición popular por mandato del Gobernador.

Entre ambas muertes han transcurrido también siete siglos.

Esta coincidencia entre el nacimiento y el ocaso del linaje de los Condes, surge de la suposición, y parece una casualidad. Como tal vez, proponga enigmas que algún día pueda resolver el hombre; y acaso esté marcada la duración de los individuos, las familias y los pueblos, con misteriosos ciclos matemáticos en los que han de cumplirse sus destinos, en tránsito fugaz hacia mundos ignorados, que aguardarán vibrando, más allá de las estrellas.

* * *

¿Y los labradores que acompañaron a los Condes? Privados de su inteligente guía patriarcal, impedida la expansión para los hijos sobre la tierra prometida, continuaron luchando aisladamente por defender el sitio comarcal, que se les había subdividido y vuelto demasiado estrecho. Reducidos en ajustados lindes, prosiguieron la labor oscura y sencilla de lo cotidiano. Ella tuvo también su magia y su fortuna. Abatiendo los bosques, transformaron el aroma en duraznero, y el chañar en naranjo. Clavando el metal prodigioso del arado, encontraron el diamante y el oro de los frutos.

Así, los alpinos que dejaron atrás magníficas montañas y torrentes, aprendieron a querer la llanura de un rincón litoral.

Sólo que de los fundos empequeñecidos tuvieron que partir muchos de sus hijos, a las ciudades, a otros pueblos argentinos, manteniendo vivo en su corazón para sí y sus descendientes, el apego a ese albardón de la vieja Santa Fe.

No se destacaba tanto la obra colonizadora de los Condes. Ella era modesta. Sólo un pueblito más en la topografía del país, y apenas tres mil hectáreas incorporadas a la labor agrícola.

Inolvidable era el sendero que mostraron, anteponiendo el espíritu a la materia, la caridad a la ambición, y los principios de derecho y justicia de que fueron paladines frente a los postulados arbitrarios y mezquinos.

Y el modelo que sentaron, en época en que gente ilustrada del país se afrancesaba, olvidada del genio de su suelo, mientras ellos, que venían de las cortes francesas, se inclina-

ban llanamente en el cultivo de las plantas y el manejo de las bestias entre las asperezas de esta tierra, en unido laboreo con criollos y colonos, cumpliendo su divisa.

Hermosas reglas de vida eran las suyas: ser fuertes, no para acosar al débil, sino para aliviar su dolor, y protegerlo ante el abuso de los poderosos. Y teniendo por medio la Dulzura, Lealtad, Inocencia y Piedad, llevadas en el hidalgo blasón y practicadas en la brega de sus días —casi desconocidos de la historia—, que fueron sin embargo testimonio de un linaje verdadero, y de siembra escondida, hecha para el tiempo que había de venir, al que así quisieron dejar riqueza auténtica, y legarle diáfana su herencia mayor.

Evocando al valiente caballero que descansa con el padre fundador en las arenas cálidas de Cayastá, llevamos un tributo a la nobleza de sus almas, y a la de los seres que siguieron sus metas, y juntos trajeron la esperanza de arraigar en el paisaje, creciendo en la luz, como los verdes montes y los arroyos caudalosos de la costa, que murmuran por ellos, para sus verdugos ignorantes, oraciones generosas de perdón y de consuelo.

El pueblo, conservando el tesoro de sus hechos pasados, custodiará el recuerdo de Edmundo de Tessières, quien grabó con la muerte una lección del Evangelio: “No hay amor más grande, que el de aquel que da la vida por sus amigos”.

° ° ° ° °

DOCUMENTAL ANEXA

I

(*) Documental fotográfica - Referencias

1. — Retrato del fundador, Juan Bautista León, Conde de Tessières Boisbetrand, realizado en Europa, con el uniforme de su patria; y las insignias de las órdenes militares a las que pertenecía. Archivo del Dr. Salvador Dana Montaña, quien lo recibió de los descendientes de Antonio Gaspoz. La firma al pie es la estampada en las Bases del Contrato de Colonización: Tomos 42-44 - Años 1864 - 73 - Archivo de Gobierno. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.
3. — Testamento de León de Tessières. Archivo del Dr. Dana Montaña.
4. — Polvera de la Condesa. Perteneciente a Matilde Mottard de González Blanche (hija de Martina Gaspoz y Eugenio Mottard). Cayastá.
4. b) — Guarnición de la espada de Edmundo de Tessières. La ha conservado el Dr. Salvador Dana Montaña. Santa Fe.
5. — Reglamento para la colonia de Cayastá. Archivo del Dr. Salvador Dana Montaña. Santa Fe.

II

Antecedentes administrativos relacionados con las tierras destinadas a la Colonia de Cayastá

1. Anteriores a la muerte del Conde.

a) Bases del contrato de colonización:

“Santa Fe, Abril 10 de 1867.

Excmo. Señor:

D. Juan Bautista León Conde de Tessières Boisbertrand ante V. E. respetuosamente viene a presentar a su ilustrada consideración las bases siguientes para un proyecto de colonización en el paraje denominado Cayastá.

Bases

Art. 1º — El Conde de Tessières Boisbertrand se compromete a establecer una Colonia en el punto denominado Cayastá, compuesta de cuarenta familias extranjeras, parte de ellas de las familias establecidas en las colonias y otras que se introducirán del exterior.

Art. 2º — El término para la introducción de las familias en el número determinado en el artículo anterior será el de un año, contado desde el día en que este contrato sea elevado a escritura pública; pero se dará principio al establecimiento

de algunas familias tan luego como el Gobierno mande mensurar el terreno y lo declare destinado a la colonización.

Art. 3º — La extensión del terreno que se destinará para la Colonia será de una legua de frente sobre el Río Cayastá, y tres leguas de fondo al Saladillo Dulce. En este terreno se delineará un pueblo de cien manzanas en el punto que el Superior Gobierno lo juzgue conveniente y dejando a sus alrededores una extensión superficial conveniente para desahogo de la población, se delinearán también cincuenta suertes de chacras de veinte cuadras cuadradas cada una. El resto del terreno será destinado para pastos comunes de la misma Colonia, el cual podrá dividirse en concesiones más tarde, si el aumento de población así lo exigiere, para ser donadas o vendidas según convenga a los intereses de la Colonia.

Art. 4º — Los solares en el pueblo y las suertes de chacras serán adjudicadas a las familias que fuesen allí a establecer, bajo las condiciones de población que determinen las leyes vigentes de la Provincia.

Art. 5º — Al Costado sur de la Colonia se mensurará una suerte de estancia, la que se me adjudicará en venta al precio establecido en la ley del 28 de junio de 1866. Esta diferencia de precio se entenderá como compensación de los trabajos y gastos que tengo que hacer para la fundación de la Colonia.

Art. 6º — Será de cuenta del Gobierno la mensura de las suertes de chacras, de los solares para el pueblo y de la suerte de estancia.

Art. 7º — Cuando hubiere establecidas treinta familias el Gobierno fundará una escuela de primeras letras.

Exmo. Señor:

Conde de Tessières Boisbertrand”.

b) *Decreto aprobatorio:*

“Santa Fe, Abril 11 de 1867.

Apruébanse las bases precedentes, y a sus efectos pase a la Escribanía de Gobierno para que, conforme á ellas y á las

leyes vigentes de la materia, proceda a celebrar el correspondiente contrato que se comunicará a quienes corresponda". — Fdo.: Oroño - Emiliano García.

c) *Contrato protocolizado:*

"Contrato de Colonización celebrado entre el Superior Gobierno de la Provincia de Santa Fe y D. Juan Bautista León. "En la Capital de Santa Fe, a los once días de Abril de 1867... etc."; es suscripto el contrato que transcribe las bases aprobadas y queda protocolizado ante el Escribano de Gobierno.

(Protocolos de la Escribanía de Gobierno 1864-73 - Tomos 42-44 - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe).

* * *

d) *Informe que alude a una solicitud del Conde*, obrante al folio 4 del Tomo 19 del Departamento Topográfico de la Provincia - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

"Santa Fe, Diciembre 13 de 1880.

Exmo. Señor:

Don Edmundo Tessieres, vecino de la Colonia Cayastá y como sucesor de don Bautista Tessieres, fundador de la Colonia Cayastá, a V. E. *se presenta invocando el contrato de 11 de abril de 1867*, y que en copia corre en este expediente, *para que en virtud del art. 3º del referido contrato, se estienda a favor de la Colonia título de propiedad de todo el sobrante de terreno que hay alrededor de las chacras, y pueblo de la Colonia*, afirmando que *dicho terreno pertenece a la Colonia según el contrato, y que será una cuestión vital de conservarlo*, haciendo presente que el gobierno del Sor. Bayo dispuso de una porción del referido terreno, y así lo pide para evitar que esto se repita en lo sucesivo; sobre todo lo cual el Departº Topográfico se permita informar a V.E. lo siguiente: Con arreglo al art. 3º del contrato adjunto, el terreno destinado en un principio de la fundación de la colonia para pastos co-

munes de la misma puede hoy ser dividido en concesiones para ser donadas o vendidas si así lo exigiere el aumento de la población; y el Depart^o Topográfico cree que es el Exmo. Gobierno quien debe juzgar si ha llegado o no el momento de proceder en esta conformidad; en esta virtud con arreglo a dicho título 3º del contrato no puede adjudicarse ese terreno a los Colonos allí establecidos para que lo disfruten en común, como parece solicitarlo el Señor Edmundo Tessieres; sino que dichos Colonos sigan disfrutándolo mientras el Gobierno no determine su subdivisión para venderlo o enajenarlo; a más en esta Repartición no consta que el Exmo. Gobierno hasta hoy haya dispuesto de fracción alguna, así parece afirmarlo el solicitante". — Fdo.: Eduardo Lersch - Cayetano Livi - Pelegrino Baltasar. Vicente Zavalla, Secretario".

N. del A.: Es preciso destacar que este dictamen, elaborado por funcionarios técnicos no idóneos para interpretar el contrato jurídicamente, se aparta de la letra y el espíritu del mismo, y olvida, fundamentalmente, la última parte del propio artículo 3º en que se apoya, la cual añade que todo lo anterior se cumplirá "según convenga a los intereses de la colonia".

* * *

- e) *Informe que data de 19 días antes de la muerte del Conde*, obrante al folio 161 del Tomo 19 del Departamento Topográfico - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

"Santa Fe, Julio 18 de 1882.

Exmo. Señor:

El terreno que denuncia Dn. Agustín de Iriondo solicitándolo en compra es parte del que fué indemnizado últimamente a Dn. Marcelino Freire y el cual fué medido en mil ochocientos sesenta y siete como correspondiente á la Colonia Cayastá.

Este terreno en la parte sobre el río de San Javier fue subdividido en la referida época en solares del pueblo; quintas y suertes de chacras y el resto hasta completar tres leguas superficiales fue destinado para pastos comunes de la Colonia Cayastá por Decreto de veinte y ocho de mayo de mil ochocientos sesenta y siete.

En vista de lo expuesto, V. E. resolverá lo que juzgue por conveniente". — Fdo.: Eduardo Lersch - Cayetano Livi - Enrique Foster. A de Aragón hijo. Secretario.

2. Constancias que siguen a la muerte del Conde

a) *Legajo N° 29*, obrante al folio 589, Tomo 73, Año 1883 del Archivo de Gobierno - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

“Santa Fe, noviembre 6 de 1883.

Exmo. Señor:

Agustín de Iriondo respetuosamente a V. S. expone:

Que deseando alambrar un campo de mi propiedad ubicado al Norte de la Capital en el paraje de “Mocoretá” el cual está ya medido, vengo a V. E. a solicitar el correspondiente permiso en cumplimiento de lo que dispone la ley para ese objeto.

Ruego a V. E. se sirva proveer como solicito, pues, es gracia y justicia, etc.

Exmo. Señor:

Fdo.: Agustín de Iriondo”.

“Entrando hoy día 6 de Noviembre de 1883 a las once a.m. Conste. — Fdo.: Picazo”.

“Santa Fe, No.bre. 6/883.

Al Departamento Topográfico”. — hay una firma.

“Con fecha ocho de noviembre de mil ochocientos ochenta y tres entró esta solicitud. Conste.

P. A. Joaquín Fontanilla”.

“Exmo. Señor:

El Departamento Topográfico no encuentra inconveniente en que se conceda el permiso solicitado por Dn. Agustín de Iriondo para alambrar un campo de su propiedad situado en el paraje denominado “Mocoretá” en el Departamento de San José, debiendo dicho cercado efectuarse con sujeción a las leyes. Decretos y disposiciones vigentes en la Provincia.

Santa Fe, Noviembre 12 de 1883”.

Fdo.: Enrique Foster - Eduardo Lersch - Cayetano Livi - A. de Aragón (hijo). Secretario.

“Santa Fe, noviembre 14 de 1883.

“Vista la solicitud de fs. 1 e informe del Departamento Topográfico, concédese el permiso que solicita Dn. Agustín de Iriondo para alambrar un campo de su propiedad ubicado en el paraje denominado “Mocoretá” (Departamento de San José). Pídase al interesado Papel sellado para que por el Oficial Mayor del Ministerio se le expida el Certificado correspondiente en que conste dicho permiso de conformidad a lo dispuesto en el Decreto de fecha 15 de Octubre de 1881. Hágase saber”.

Fdo.: Pujato. Manuel Yañez

* * *

- b) *Informe de fecha 24 de Diciembre de 1883*, obrante al folio 335 - Tomo 19 del Departamento Topográfico - Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

“Exmo. Señor:

El Agrimensor Dn. Carlos Steigleder ha practicado la mensura del terreno fiscal denunciado por Dn. Agustín de Iriondo ubicado en el Departamento de la Capital. Distrito Cayastá, a que se refiere este expediente, procediendo en todo con sujeción a las instrucciones de Agrimensores, sin que haya observación alguna que hacer al proceder facultativo empleado por el Agrimensor operante; en cuya virtud esta Repartición juzga que la mensura practicada merece la superior aprobación de V. E.

El Agrimensor operante manifiesta que *varios colonos pobladores de la Colonia Cayastá, encabezada por el señor Duprat, protestaron de la mensura.*

Sobre dicha protesta V. E. será servido resolver lo que crea de justicia, y el Departamento Topográfico tendrá el honor de informar a V. E. *oportunamente, conociendo en que se funda la protesta de los Colonos mencionados.* Todo salvo el más ilustrado juicio de V. E.”.

Fdo.: Eduardo Lersch - Cayetano Livi - A. de Aragón (hijo). Secretario.

* * *

- c) *Informe de fecha 14 de Junio de 1884*, obrante al folio 410 Tomo 21 del Departamento Topográfico. Archivo Histórico de la Provincia de S. Fe (tres años después de la protesta de los vecinos en la mensura).

“Exmo. Señor:

El terreno que en la precedente solicitud denuncian en indemnización los señores Iturraspe e Iriondo se compone de los *sobrantes* existentes *entre el Pueblo y las chacras de la Colonia Cayastá*, desde el Río de San Javier a la parte del Este, hasta el límite Oeste de las Chacras de dicha Colonia, con una *superficie de doscientas noventa milésimas de legua cuadrada*.

Esto es cuanto tiene el honor de informar el Departamento Topográfico para que V. E. sea servido resolver lo que crea conveniente”.

Fdo.: Lersch - Livi - Aragón) Secretario)

* * *

- d) *Informe de fecha Diciembre 1º de 1885*, obrante al folio 261 del Tomo 20 del Departamento Topográfico.

“Exmo. Señor:

En vista de la resolución que antecede el Departamento Topográfico *ha dividido el terreno que don Agustín de Iriondo ha denunciado como de propiedad fiscal en Cayastá*, en las tres fracciones que se indican en el plano de fs. 16, con las letras A - B y C *teniendo cada una mil setecientos treinta y dos metros de frente por diez mil doscientos setenta y tres metros de fondo con una superficie de diez y siete millones setecientos noventa y dos mil ochocientos treinta y seis metros”*.

— Fdo.: Lersch - Foster. Aragón (Secretario).

* * *

- e) *Informe de fecha 8 de Enero de 1887, obrante a. folio 45 Tomo 21 del Departamento Topográfico. Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe. (tres años después de la protesta de los vecinos en la mensura).*

“Exmo. Señor:

El Departamento Topográfico tiene el honor de elevar a V. E. este expediente acumulando el de *denuncia interpuesta por varios vecinos de la Colonia Cayastá* que pasó a informe de esta Repartición *con fecha Mayo 7 de 1884, y que abandonado por los interesados hasta hoy quedó detenido en Secretaría por falta de sello* y habiendo por este hecho *quedado en olvido involuntario* este expediente, el Departamento Topográfico produjo el informe de fecha Diciembre próximo pasado”.
— Hay un sello.

N. del A.: Los documentos que se citan en el texto principal y en este apéndice son inéditos.

* * *

III

Primeras cabezas de familias extranjeras que poblaron la Colonia de Cayastá

Conforme constan en el Reglamento para la Colonia, notas oficiales mencionadas en el texto y documentos de sus ramas familiares en el lugar.

Pierre Dupraz	Charles Bournissent	Franz Ferricher
Josef Roland	Pierre Detiène	Hans Schaller
Iréné Delset	Pio Mangini	Joseph Yossen
Jean Baptiste Mottard	Abraham Yossen	Giovanni Audisio
Alfred Richard	Anders Aifling	Anton Yossen
Emiliènne Vanney	Dominiche Zumoffen	Peter Schaller
Jean Bouvier	Marianne Burnoff	Antonio Mangini
Jacques Fifinur	Josef Radclift Malfinu	Anton Mangold
Daniel Vejment	Pierre Marie Buvnoz	Chánez Mangold
Arnie Leujànze	François Bressond	Alexandre Ittig
Pierre Léon Guérin	Anton Gil	Maurice Richard
Louis Leloy	Alexandre Monttig	Remige Blanche
François Devoicassoux	Joseph Invinkelried	Luigi Mangini
Antoine Gaspoz	Anton Carlen	Giussepe Audisio
Jean François Blanche	Joseph Mangold	

Se terminó de imprimir el día
20 de Octubre de 1982
en la Imprenta de la Universidad
Nacional del Litoral - Santa Fe
República Argentina

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
Santa Fe y Argentina